

# ENCUENTRO:

## Reflexiones sobre cultura y sociedad

ISSN 2619-5623

N.º 3 / abril de 2024

### Bogotá

**30**  
Años  
EDITORIAL  
Escuela Colombiana de Ingeniería  
1994-2024

ESCUELA  
COLOMBIANA  
DE INGENIERÍA  
JULIO GARAVITO  
EDITORIAL

COLECCIÓN DIGITAL DE OBRAS BREVES

# Contenido

## **Editorial** [3-5]

José Camilo Vásquez Caro

## **La voz del titán** [6-10]

Raúl Firacative-Ruiz

## **¿Por qué la “cultura” tiene que quedar tan lejos?: el derecho a la ciudad y la justicia espacial de la oferta cultural en Bogotá** [11-17]

María Helena Ramírez Tolosa

## **Detrás de los cerros y de Las Nieves** [18-25]

Juan Pablo Cardona Camargo

## **El silencio entre nosotros / Nostalgia del silencio** [26-32]

Sergio Enciso Marín

## **Bogotá y la bicicleta** [33-37]

Juan Carlos Lopera Téllez

## **Bogotá: arquitecturas de nuestros anhelos y desencantos** [38-44]

Javier Moreno Moreno

## **Mi nombre era Bacatá** [45-51]

Francisco Moncada Peña

## **Fobotá** [52-59]

Miguel Ángel Rincón Corredor

## **Ritmos y recorridos de la ciudad** [60-67]

Milena Mosquera Mejía

## **Adentro y afuera de Bogotá** [68-74]

José Camilo Vásquez Caro

## **Relatos visuales** [75-81]

*Caminando por el centro histórico* - Milena Mosquera Mejía [76]

*Una Bogotá, múltiples caras* - María Angélica Soler Henao [79]

---

### **Encuentro: reflexiones sobre cultura y sociedad**

Colección Digital de Obras Breves

ISSN 2619-5623

#### **Director**

José Camilo Vásquez Caro

#### **Editorial Escuela Colombiana de Ingeniería**

Telefax 668 3600, ext. 397 · editor@escuelaing.edu.co

#### **Dirección editorial**

Cristina Salazar Perdomo  
cristina.salazar@escuelaing.edu.co

#### **Coordinación editorial**

Jorge Cañas Sepúlveda  
jorge.canas@escuelaing.edu.co

Fotografía de portada: Milena Mosquera Mejía

Bogotá, abril de 2024

# Editorial

**José Camilo Vásquez Caro**

Director del Departamento de Humanidades e Idiomas

Historiador, magíster en Estudios Culturales y magíster en Historia

Director de *Encuentro: reflexiones sobre cultura y sociedad*

El propósito de esta publicación es la divulgación cultural, y en ella un grupo de profesores del Departamento de Humanidades e Idiomas de la Universidad Escuela Colombiana de Ingeniería Julio Garavito comparten contigo algunas interpretaciones y reflexiones que giran en torno a un mismo tema. En este tercer número de *Encuentro: Reflexiones sobre cultura y sociedad*, abordamos a Bogotá. Lo que escribimos surge de la experiencia de cada uno de los autores sobre la ciudad.

Nuestra intención no es crear documentos para una lectura especializada, sino al contrario: fomentar una lectura general e incluyente para todos los públicos. Nuestros textos son cortos y están escritos de forma amena para que te puedas acercar a ellos. Están pensados para que los puedas abordar en una sentada. La idea no es que leas toda la revista de corrido, lo que buscamos es que te la lleves, la mires y que poco a poco la vayas leyendo en el momento preciso.

Este número está compuesto por el trabajo de un grupo interdisciplinario y diverso. Hay filósofos, historiadores, literatos, antropólogos, artistas, diseñadores y comunicadores. Cada uno desde sus lentes profesionales e historias personales ha vivido la ciudad en diferentes momentos y desde diferentes espacios. Y a la vez tenemos en común el deseo de compartir contigo algo significativo de esas vivencias. A continuación, te encontrarás con textos cortos que proponen interpretaciones y miradas muy diferentes de lo que es la experiencia en la ciudad. He de confesar que sueño con que este espacio crezca y que no se limite a los textos de los profesores del departamento, sino también a los

estudiantes de nuestra comunidad y a colegas y amigos de otras instituciones.

Muchas de las reflexiones expuestas acá nacen de la experiencia de los recorridos, es decir, el ir y el venir, el juego de los desplazamientos en la urbe, el deleite en el caminar y el deambular. Todos recorreremos a diario Bogotá, pero nuestros recorridos son únicos; cada uno define algo en el sujeto que lo vive y por ende cada lectura de cada momento es diferente. Más allá del desplazamiento físico, los textos juegan con el pasado y la literatura y nos transportan a otros tiempos, dándoles voces a sujetos que la mayoría de nosotros jamás habríamos imaginado. Hay otros escritos que se aferran a un momento histórico de índole cultural o de vivencia personal, pero que igualmente han dejado una huella en la vida del autor. Te encontrarás así diversos tonos, unos con una distancia más científica y otros con una cercanía cotidiana.

Si bien la palabra escrita es el medio más utilizado en este número para divulgar la experiencia de la ciudad, es importante destacar que hay otros lenguajes y otros medios. En este número incluimos también dos recorridos visuales que se fueron captando y construyendo a través de la lente de la cámara fotográfica. Espero que tú, como espectador, interactúes con las imágenes sin mayor filtro. Aunque los fotógrafos captan una imagen en un momento, el espectador lo interpreta y ve de innumerables formas y encuentra un significado diferente al que tuvo como intención el captor original. Vuelvo al ejercicio de la confesión y destaco que me hubiera encantado incluir un recorrido sonoro en esta edición.

Bogotá nos desborda, es un monstruo con medidas descomunales que absorbe a diario a sus habitantes. También es un universo poético. En las esquinas, en las nubes, en los juegos de luz al final del día nos podemos encontrar y experimentar la sensación del verso que a veces necesita muy pocas palabras. En cierto sentido, con este número cuestionamos nuestra pro-

pia relación con la urbe y, a la vez, con esta acción le rendimos homenaje.

Te invito a detenerte un momento en estas páginas. Léelas como se te antoje o como más te guste. Acá hay una propuesta de un recorrido, pero eres tú quien decide qué camino tomar. Espero que en este número te encuentres contigo mismo, que las palabras e imágenes te cuestionen, te incomoden, te llamen la atención o te gusten. Deseo que leer sea para ti un acto de mirar, pensar, recorrer e imaginar.

# La voz del titán

**Raúl Firacative-Ruiz**

Profesor del Departamento de Humanidades e Idiomas  
Literato y magíster en Lingüística

Fotografías cortesía del autor



En mayo de 1994, el Instituto de Cultura y Turismo de Bogotá hizo una convocatoria a grupos musicales de variados géneros para promover la convivencia y la tolerancia entre los jóvenes. El evento se llamó Encuentro de Música Juvenil en La Media Torta y un jurado los evaluaría. Ocasión perfecta para Palo Santo, el grupo de música andina de Melecio Amador, un amigo del barrio, que se inscribió para participar y nos dijo a quince desocupados que lo acompañáramos para hacerle barra.

Todos vivíamos en La Perseverancia y La Media Torta nos quedaba cerca, así que el día del encuentro cargamos los instrumentos, agua, mecato y nos fuimos caminando. Cuando llegamos vimos que la mayoría de bandas eran de *rock*, metal y punk con su público correspondiente. Melecio no la tendría fácil. Su momento en tarima fue hacia las dos de la tarde: charango, zampona, rondador, guitarra, tambora y quena hicieron llorar a los *Ojos azules* y el *Pájaro chogüí* trinoó con fuerza en el escenario; los aplausos y las rechiflas fueron nuestros, el puntaje

del jurado 62/100. Palo Santo bajó del teatro y emocionados analizamos lo bueno, lo malo y lo feo de la presentación mientras en la tarima pasaban bandas de metal frente a más o menos 500 personas. Pocos nos quedamos a presenciar los rugidos del *rock* hasta el final de la tarde. La humareda de marihuana, las riñas y trifulcas entre la gente a golpe de chapa de cinturón eran moneda corriente; además, entre los arriesgados que se metían al pogo de vez en cuando alguien salía severamente golpeado.

Finalizado el concurso musical para “la promoción de la convivencia y la tolerancia entre los jóvenes”, el balance del jurado no fue muy alentador; incluso los directivos del IDCT pensaron en no volverlo a organizar. Pero pasó todo lo contrario: al año siguiente lo llamaron Festival Rock y las presentaciones se ampliaron al Parque Simón Bolívar, la Plaza de Toros La Santamaría y La Media Torta. Después le hicieron reingeniería y nació Rock al Parque en 1995. Por supuesto, con los amigos de Palo Santo hicimos plan y fuimos a ver a I280 Almas, Aterciopelados y La Derecha, entre otros. Por allá en Rock al Parque de 1999 disfrutamos de Molotov, Ilia Kuryaki, Café Tacuba, Control Machete, La Pestilencia, Morfonia, Charconautas y Ajibaboso. Ese fue uno de los mejores festivales a los que asistí. ¡Qué época de requisas exhaustivas! Entrábamos al parque con los zapatos en la mano y siempre sin cordones ni cinturones, según la policía, “Para hacer los bailes y las riñas lo menos lesivos para los asistentes”. Al parecer, en el pogo era donde más gente resultaba herida.

Pasados los años dejé de ir a Rock al Parque porque las trifulcas y los tumultos me desanimaban, hasta que llegó el año 2005. Yo trabajaba en Omnicom, compañía de telecomunicaciones ubicada en Usaquén, y con Wilson, Andrey y Arturo fuimos contratados por una empresa de logística para manejar el cableado en un evento que llevaría a cabo en octubre la Orquesta Filarmónica de Bogotá en la Universidad Nacional, mi *alma mater*. Estuvimos cinco días en el Auditorio León de Greiff y la gente nos decía los “logísticos”. Cargamos cables, instalamos





multitomas, ensayamos RCA, movimos cabinas de sonido y probamos micrófonos a las órdenes de dos jefes: Eduardo de Narváez, ingeniero de sonido máster en la consola, y Alfonso Abril, ingeniero de la Orquesta Filarmónica de Bogotá. Arduo, pero chévere trabajo porque el evento no era otro sino Kraken filarmónico. ¡Sí! asistimos a cinco días de ensayos del ensamble entre la OFB, el coro y Kraken, la banda de *rock* duro creada en Medellín y con gran renombre en todo el país. De mis compañeros, Arturo el pesimista decía: “hay que asegurar bien los cables porque esos metaleros se rebotan, los arrancan para pelear o se los roban”. Así que los ocultamos, aseguramos todos los conectores y los protegimos al máximo de desconexiones o roturas porque imaginábamos que en cualquier momento la gente iría a poguear en el auditorio y eso sería fatal para nuestro trabajo.

En esos días gozamos de lo lindo escuchando la interpretación de la orquesta y la potencia de las voces del coro. Distinguimos a muchas personas, pero entre todas, Ricardo Jaramillo, director de la orquesta, y Elkin Ramírez, vocalista de Kraken, fueron quienes más nos impresionaron por su don de gentes y sencillez. En particular, Elkin, ese señor de la palabra amena y amable con quien pudimos compartir un tinto después del almuerzo el jueves 13 de octubre y le comentamos lo del pogo, pero él nos dijo que eso no iba a ocurrir porque “los seguidores de Kraken respetarán a la Filarmónica y al auditorio mucho más que aquellos que visten de corbata, pero engañan con su actuar”. Estábamos escuchando a Elkin cuando Camilo Gutiérrez, productor general, le dijo que la gente de Televideo ya tenía todo listo para la entrevista y nos cortó la charla con el titán.

El viernes 14 de octubre fue el gran día. La presentación de Kraken y la OFB estaba programada para las siete de la noche. Llegamos al León de Greiff a las ocho de la mañana para los ajustes finales y afuera ¡ya había gente haciendo fila! El ambiente fue de calma a lo largo del día con todo el mundo alegre y motivado a las afueras del auditorio. Respecto de nuestro trabajo,

todo funcionaba perfectamente, pero seguíamos pensando en cómo sería el comportamiento del público.

Había de todo: desde estudiantes del colegio Arturo Ramírez Montúfar de la Universidad Nacional, pasando por los seguidores de Kraken con grandes banderas de Bogotá y de Colombia, hasta gente venida de Tunja, Villavicencio, Cali y Medellín. A las cinco y media de la tarde autorizaron el ingreso y más de mil personas abarrotaron el auditorio en medio de cantos y vivas al Titán del *Rock* colombiano. En la plaza Che Guevara quedaron unos 500 seguidores de la banda quienes, dicen, coreaban los temas musicales que se oían por entre las rendijas.

Cuando los integrantes de Kraken subieron al escenario, la gritería y chiflidos ensordecedores retumbaron por varios minutos; yo alcancé a ver caras de preocupación entre algunos integrantes del coro y los violinistas de la orquesta porque la gente no paraba de saltar y gritar: ¡Elkin! ¡Elkin! ¡Elkin! ¡Elkin! Tal vez pensaban que esa sería la constante de todo el concierto, lo cual sería terrible pues no dejaría que los instrumentos acústicos se pudieran oír. ¿Cómo acallar a cientos de metaleros y rockeros para que se pudiera escuchar la música? Insensibles no eran y fue Elkin quien le habló a ese gentío incontenible.

Las palabras del titán fueron directas y contundentes: “Hay que respetar el lugar, a la filarmónica y al coro. Demostrar que el público rockero es exigente; exíjanse ustedes disfrutar de la presentación y hagan que la grabación de Kraken filarmónico sea la demostración de un trabajo comprometido con la cultura del *rock*”. En verdad, los gritos no cesaron, creo que aumentaron, además; para muchos asistentes fue imposible permanecer sentados. La gente era una segunda voz que coreaba todos los temas y así como lo había dicho Elkin, el público no fue a un pogo sino a escuchar a la filarmónica tocar *rock*. Y los logísticos en medio de nuestro trabajo aprendimos que las letras de Kraken expresaban cantos de libertad e invitaciones a la protesta porque “humano es hacer revolución”.





La potente y aguda voz de Elkin Ramírez fue más majestuosa con cada tema interpretado: *Vestido de cristal*, *Sin miedo al dolor* y *Revolución* demostraron que el ensamble entre dos géneros disímiles como el *hard rock* y la música filarmónica se había logrado de excelente manera. El coro les dio un matiz sacro a temas como *México*, *Después del final* y *Revolución*.

Elkin, caballero de la serenidad, infundía tanto respeto que, con un solo gesto, una rodilla posada en el piso o una mano levantada llevaba a la calma o a la euforia a su gente. Los minutos se volvieron segundos y como no pudimos controlarlo todo, al final pasó lo que no queríamos: alguien vulneró nuestro cableado reasegurado y falló el sonido. Los logísticos corrimos de un lado a otro buscando la falla mientras entre rechiflas la gente aplaudía enloquecida. Afortunadamente, Ricardo Jaramillo, el director de la orquesta, supo sobrellevar el impasse llevando en hombros el cierre del concierto. Al día siguiente, el 15 de octubre, los logísticos estuvimos en jornada de desmontaje mientras Kraken se presentaba en Rock al Parque.

Quienes asistimos aquella noche al León de Greiff en la Universidad Nacional de Bogotá sentimos una fuerza que se transformó en catarsis. Seguramente, lo mismo pasaría en los demás lugares donde Kraken Filarmónico se presentó. Esta fue una puesta en escena mítica para el *rock* colombiano a pesar de los errores que seguro encontrarían los expertos. La grabación del evento de Kraken en la Universidad Nacional la conocimos un año después y cada vez que la vemos nos emociona.

En Omnicom aún recordamos el tinto que compartimos con el señor Elkin Fernando Ramírez Zapata en el León de Greiff. Mientras escucho su canción *Lenguaje de mi piel*, me olvido de que él ya no está con nosotros: “Mentiras, su voz aún no ha muerto, sólo ha tomado un nuevo aliento”.



# ¿Por qué la “cultura” tiene que quedar tan lejos?: el derecho a la ciudad y la justicia espacial de la oferta cultural en Bogotá

**María Helena Ramírez Tolosa**

Profesora del Departamento de Humanidades e Idiomas  
Literata, magíster en Economía y máster en Ciencia Cognitiva y Lengua

“Te amo igual, Bogotá, pero te amaré más...  
cuando puedas a todos darnos amor por igual”.

Andrea Echeverry y Distrito Especial

La casualidad, o no, ya lo dirán estas páginas, hizo que nos encontráramos ese lluvioso atardecer bogotano en uno de los andenes de la concurrida estación de Transmilenio del Portal Norte. Y esto que parece casi un redundante lugar común, lluvioso y bogotano, pasó a ser el tema de la conversación con mi colega Andrea con la que compartíamos, sin saberlo hasta llegar al final de la ruta, un largo viaje en el articulado.

Yo venía desde el centro de la ciudad, desde La Candelaria, cumpliendo una peregrinación, por lo sufrida, a la biblioteca Luis Ángel Arango. Andrea, por su parte, venía desde la calle 93 y lamenté oír que su travesía (no debe llamarse de otro modo a cualquier desplazamiento de más de 20 cuadras en esta intran-sitable ciudad) no fue exitosa. Asistir al evento cultural al que se dirigía no fue posible, debido a la lluvia que multiplicaba las complicaciones de una ya complicada movilidad.

¿Y cómo va lo de la coincidencia? Es decir, ¿es casualidad o se explica la causa más probable por una bien tejida cadena causal como en un buen argumento? Pues como aspira toda pretensión



científica, hay explicaciones. No por casualidad estábamos cada una, cansadas al final de un día, llegando a nuestras respectivas casas, no desde nuestro común y cercano lugar de trabajo en el norte de Bogotá, sino desde lejanos puntos de la ciudad.

Antes de continuar hay que darle rigor al término “norte”, pues hay “nortes de nortes” en esta inmensa ciudad, así como podríamos especificar orientes, occidentes y, por supuesto, sures. Y que me perdone el corrector de estilo que deberá repartir mayúsculas y minúsculas en estos plurales nada metafóricos.

Hablamos de más de un punto cardinal, con mayúscula: como cuando hablamos que “la brújula apunta al Norte”. Hay un sentido más allá de la dirección, esta vez con minúscula, como cuando decimos que “ese bus toma la carrera séptima hacia el norte”. Aquí hablamos de varias localidades y millones de almas y por eso no sabría la grafía que haga justicia a la injusticia espacial que padecen almas como la mía y la de Andrea.

La calle 93 con sus restaurantes y rumboadoras es el norte; la calle 100 con su oferta de servicios médicos y sus grandes congestiones es el norte. La Pepe Sierra con su ciclorruta arborizada y grandes tiendas extranjeras es el norte. Y Unicentro y el Palatino y el gomelo mercado de pulgas de Usaquén, claro que son el norte. Dejemos los clubes exclusivos; sí, lector, también están en el norte de la ciudad.

Pero pongamos una cercana frontera en la calle 170, con el Portal del Norte, donde coincidimos con Andrea. ¿Podría decirse, con rigor que es “más” norte? Y qué decir de la calle 183, con su vecindario de puentes para cruzar ese océano que es la autopista Norte; más norte, ¿verdad? Y demos el salto a la Universidad Escuela Colombiana de Ingeniería, en la calle 205. ¿Ahora si te convencí de que estamos en el norte-norte de la ciudad?

Establecido el punto, en este caso, el punto cardinal, regresemos a qué hacíamos en el Portal Norte con Andrea. Recuérdese que no íbamos hacia el lugar del trabajo, sino que regresábamos

a nuestras respectivas viviendas. Y aquí es donde no cuadran los trayectos con las decisiones de vida ¿No se va acaso uno a vivir a 20 cuadras de su trabajo para no estar en estos viacrucis? Y ojalá la alusión al viacrucis fuera más literal y no implicara tantas estaciones de Transmilenio como las que hay de portal a portal. Por lo menos en mi caso, cansada de dedicarle horas enteras al día para desplazarme de mi casa a mi lugar de trabajo, en la calle 205, finalmente, realicé el “sueño” de irme a vivir a 20 cuadras. Me permito especular, basada en mi propia experiencia, que Andrea, dado que vive por el vecindario (por eso estaba en la misma estación) también se hace reflexiones parecidas.

El precio que se paga por estas decisiones es bastante más alto que el costo del pasaje para “atravesar” la ciudad. Ahora, ver a familiares y amigos no es tan rápido como ir al barrio de al lado, pero lo soporto con estoicismo, pues a ellos no los veía a diario y sí es a diario que debo ir a mi trabajo.

¿Y qué decir de esas otras actividades que, obedeciendo a las elecciones de nuestras almas de humanistas queremos realizar, como ir a un buen cine, a oír una conferencia o a participar en una tertulia? Sencillamente, se convierten en una odisea (con minúscula a pesar de su grandeza). No hay monstruos marinos ni sirenas que con sus cantos tienten al navegante. Pero sí hay altas olas, ¿o cómo deberían adjetivarse esos charcos que empapan al peatón en tardes como esta en que nos encontramos con Andrea? Otro tipo de peligros, el lector los conoce, e improvisados artistas que con sus parlantes más allá de cualquier umbral auditivo irrumpen en la vida del pasajero.

Y de nuevo, con grandes dosis de estoicismo, los soportas para poder asistir a uno de los eventos que la oferta cultural de la ciudad registra. El problema del difícil o nulo acceso a las oportunidades que brinda la no demasiado abundante, pero existente y en ocasiones de gran calidad, oferta cultural de Bogotá, es una de las que viola nuestro derecho a la ciudad. De la conversación que sirve de disculpa para estas líneas quedó claro que el hecho



de que una de nosotras lograra su objetivo cultural y la otra no, era más cuestión de aleatoria suerte que de justicia espacial.

De hecho, los conceptos de derecho a la ciudad y justicia espacial pueden ayudar a darle términos a la intuición inicial de nuestra anécdota y no son un mero recurso para elevar el nivel de formalidad escritural de esta reflexión. La ONU define el derecho a la ciudad como aquel que tienen todos los habitantes a habitar, utilizar, ocupar, producir, transformar, gobernar y disfrutar ciudades, pueblos y asentamientos urbanos justos, inclusivos, seguros, sostenibles y democráticos, definidos como bienes comunes para una vida digna. Por otra parte, la justicia espacial se refiere a un interés intencional por conocer y solucionar las manifestaciones espaciales de la justicia y la injusticia, que iniciaría con una distribución equitativa del espacio, sus recursos y las oportunidades para acceder a ellos.

Un ejemplo de derecho a la ciudad es el que tengo yo (en el papel) de utilizar los valiosos fondos de la mejor biblioteca de la ciudad, que se localiza, desde nuestra sede de trabajo, en el casi inaccesible centro de Bogotá. Un ejemplo de injusticia espacial es que Andrea se resfría por la lluvia y deba regresar a su casa sin haber asistido al evento hacia el cual se dirigía aquella lluviosa tarde bogotana en la que nos encontramos.

Sin embargo, como profesora de argumentación, soy consciente de las falencias de sostener cualquier caso sobre una mera anécdota personal, por más que involucre a dos personas y por más representativa que parezca de la problemática que afrontamos los vecinos del sector y de amplísimas zonas de la ciudad. Por eso, para darle fiabilidad a las premisas, veamos algunos de los datos que nos proveen recursos disponibles.

Observemos el tablero interactivo de la encuesta de percepción ciudadana 2023 (Bogotá cómo vamos, 2023). La encuesta recoge la percepción de bienestar y satisfacción de las personas frente a los espacios y servicios que ofrece la ciudad. Se recolecta anualmente desde 1998 y encuesta a 1500 personas. Por su

parte, en el tablero interactivo, magnífico instrumento accesible a cualquier ciudadano con conexión a internet, se pueden consultar las respuestas a 88 preguntas distribuidas en quince módulos de la encuesta, con datos desde 2016, desagregados por zona, sexo, estrato y edad.

En el módulo de Cultura, recreación y deporte, para el año 2023, ante la pregunta de qué tan satisfecho está usted con la oferta cultural que hay en Bogotá, los datos exhiben lo siguiente: aunque un 53,8 % manifiesta estar satisfecho, un 31,7 % no está ni satisfecho ni insatisfecho, y un 14,6 % se declara insatisfecho. (Queda para otra entrega intentar explicar las razones de la apatía cultural de ese nada despreciable 31,7 %).

Vale la pena aclarar que una cuestión es la oferta y la otra, por supuesto, relacionada, la accesibilidad en materia de movilidad a los escenarios culturales. Por lo que deberían cruzarse los anteriores datos con los del módulo de movilidad. Aunque hayamos o no participado en la encuesta, como ciudadanos sabemos por experiencia en propia piel e independientemente del modo de transporte utilizado, cómo son sus resultados. Y cabe aclarar que la encuesta los considera todos, excepto el helicóptero, que es el único con el que se lograría llegar pronto a nuestro lugar de trabajo y de estudio un sábado a las siete de la mañana.

Los datos del tablero, para el módulo de movilidad en 2023, en particular para la pregunta relacionada con módulo de transporte y dado que donde coincidimos con Andrea fue la estación del Portal Norte de Transmilenio, muestran que la zona norte exhibe mayores niveles de insatisfacción. Este hecho que el mapa marca con azul más oscuro en el mapa de la ciudad, me hace pensar inevitablemente en el azul de los cerros bogotanos, en especial en una tarde lluviosa como ésta, en la que escribo estas líneas. ¿Más coincidencias?

Como preguntas complementarias, la encuesta indaga sobre las actividades culturales en las que los encuestados participaron en el último año. Entre las más habituales figuran asistir a cine,



museos, galerías o bibliotecas, monumentos o sitios históricos, teatro. Como dato curioso para la lectora que genera estas palabras: la asistencia a tertulias literarias ocupa el último escalón de la gráfica en cuestión, con un ínfimo pero constante 4 % durante los años que considera el tablero interactivo.

En cuanto a los resultados desagregados por variables como género, no hay una diferencia ostensible en cuanto a la satisfacción. Y con respecto a la edad, se muestra una leve mayor satisfacción en el rango de 35 a 45 años. Sin embargo, cuando la variable considerada es el estrato, se hace evidente cómo el rango de estrato 5-6 manifiesta mayor insatisfacción. ¿Cuestión de oferta o de demanda? De nuevo, un tema para todo un estudio especializado.

Observando el mapa por zonas de la ciudad, evidencio, con sorpresa, que mi vecindario no es el que presenta las tasas más altas de insatisfacción con la oferta cultural. Y siento cierto consuelo que no termina de convencer: la zona norte comparte con la centro-oriental un similar bajo porcentaje de insatisfacción. Y aunque el dicho rece que mal de muchos, consuelo de pocos, la zona centro presenta un mayor nivel de insatisfacción que el de la zona norte.

De lo anterior no puedo dejar de inferir que la cuestión de la distancia, aunada a la deplorable movilidad, son las más sensatas explicaciones a por qué Andrea no pudo asistir a su evento y yo debí asignar todo un día para ir a una buena biblioteca. Esta intuitiva explicación me recuerda una de las últimas reglas de argumentación del manual de Weston: las causas son complejas. Y tratándose de mi complicada y fría ciudad, esta ley se convierte en un hecho. Si se junta el tamaño gigantesco de la ciudad con una movilidad muy deficiente y con la granizada que azota en este momento mi ventanal, no hay manera de llegar a ningún escenario cultural. Por ahora, la curva de mi demanda cultural es totalmente inelástica ante cualquier cambio en la oferta, en el precio, en las ganas o en el clima.

Como vimos, el acceso a la oferta de la antes llamada Atenas Sudamericana, depende de múltiples factores, no sólo de la oferta. La oferta se puede ampliar a través de la actividad en los colegios y universidades del norte de la ciudad; en eso estamos. Pero los demás problemas se los dejamos a la alcaldía.

Pensando en el derecho a la ciudad y la justicia espacial, aquí, desde el borde norte, más al norte del antiguo aviso de “Bienvenidos a Bogotá”, no tengo más que coincidir con Andrea, esta vez no mi colega, sino con Andrea Echeverry, la cantante, y decirle a mi ciudad:

“Te amo igual, Bogotá, pero te amaré más...  
cuando puedas a todos darnos amor por igual”.

#### Referencias

Bogotá cómo vamos. (2023). <https://bogotacomovamos.org/datos/>



# Detrás de los cerros y de Las Nieves

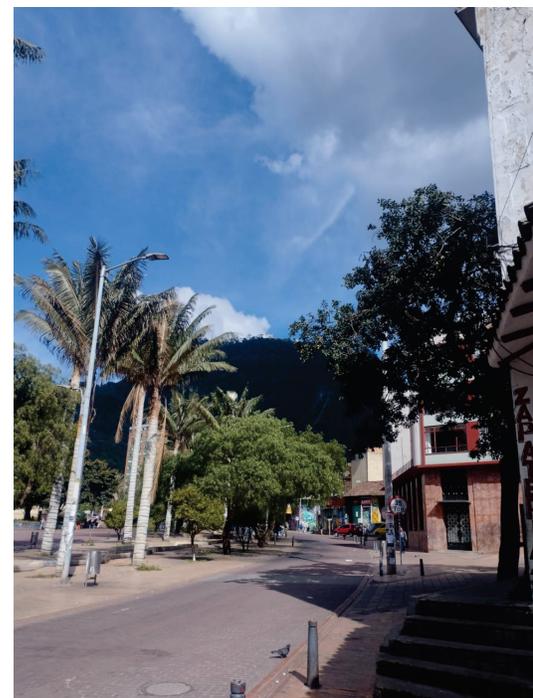
**Juan Pablo Cardona Camargo**

Profesor del Departamento de Humanidades e Idiomas  
Historiador y politólogo y magíster en Músicas Colombianas  
Fotografías cortesía del autor

De pequeño pensaba que no había montañas más grandes que las de los cerros orientales de Bogotá. También creía que detrás de estos había otro país y que si uno subía a la cima se encontraría de inmediato en el horizonte con algo similar al paisaje de los Llanos, o seguramente podría ver el océano. No sé cómo operaba mi mente en ese entonces —tampoco lo sé ahora—, pero tengo claro que los cerros de Bogotá formaban parte importante de mis reflexiones de infancia. Las cimas de estas montañas me las imaginaba calientes, muy calientes, ya que estaban más cerca del sol; pensaba, por ejemplo, que Melgar quedaba en un cerro muy, muy alto. Luego me hablaron de las capas atmosféricas y de los picos nevados y esto alteró el sentido común que, de a poco, había ido construyendo al respecto. Es raro que recuerde ese tipo de cosas y en cambio haya olvidado la primera vez que subí al cerro de Monserrate. Lo que sí tengo presente, y me pasa siempre que subo, es quedar atónito con lo que se ve detrás de Bogotá; efectivamente, no hay otro país, no se divisa el océano, hace frío, hay montañas mucho más grandes que los cerros y se aprecia un paisaje verde de bosque andino; fuerte contraste con el mar de cemento y esmog que ofrece el otro lado.

“El que en Bogotá no ha ido con su novia a Monserrate no sabe lo que es canela ni tamal con chocolate”, dice la letra de una canción tradicional de Bogotá. Sí recuerdo haber subido con algunas novias, pero la verdad es que siempre me ha gustado más subir solo, y luego desayunar abajo en alguna cafetería del

barrio Las Nieves, en pleno centro de Bogotá, donde viví durante mucho tiempo mientras estudiaba música, exactamente en la calle 22 con cuarta —inmortalizada en una canción de las 1280 Almas llamada *Rumba de la 22*—. Vivir en el barrio Las Nieves puede ser algo interesante y exótico, pero también agobiante y retador; me acuerdo, por ejemplo, cuando iba a comprar el pan a la panadería El Cometa. Era toda una odisea que me dispongo a narrar. Salía de mi casa, cogía hacia la izquierda y me encontraba con estudiantes de la Tadeo y otras universidades, sentados en los andenes fumando cigarrillo, tomando café o pola, echando empanada con ají, o las cuatro cosas a la vez. Atravesaba un local de serigrafía y estampado con un fuerte olor a aerosol. Pasaba por puestos de revistas viejas, papelerías, algunos *agáchese* donde se vendía todo tipo de cosas: café-internet, corrientazos a diez mil y vendedores de minutos de celular. Me topaba también con profesores y estudiantes deambulando afanados, algunos con maquetas que ocupaban gran parte del estrecho andén donde ocasionalmente, y sin ninguna vergüenza, dormía uno que otro personaje alcoholizado, acompañado a veces de olor a marihuana. Me encontraba también con los celadores de las universidades, que ostentaban sus intimidantes perros *rottweiler*, y a los que, por cierto, nunca les agradecí —ni a los perros ni a los celadores— que gracias a ellos posiblemente fue que nunca me robaron en esa calle. Pasaba por el bello teatro México y por cafeterías pintorescas, me encontraba con músicos, pintores, ejecutivos, banqueros, sastres, contadores, abogados, poetas, borrachos, vagabundos y ladrones; gentes de todo tipo y proceder. Luego tenía que cruzar la carrera séptima, donde había que lidiar con el tradicional y bullicioso septimazo, esquivar de nuevo a uno que otro gamín, alguno que otro *dealer*, a los ciclistas avezados, a los típicos compradores y vendedores ambulantes; a los turistas gringos o europeos en pantaloneta, saco de lana de alpaca, quemados por el sol y con cara de estar diciendo “OMG, qué pintoresco este país”, o “*Shit*, tengo muchos dólares, espero no me roben”, o



“*Shit*, por qué hace tanto frío si esto es el trópico”. Luego de superar la séptima pasaba por el Instituto de Desarrollo Urbano, un lugar que me daba risa, pues se trataba del rincón más caótico, sucio y desordenado de la travesía que, además, no sé cómo este ahora, en ese entonces reunía la mayor concentración de olor a orines de perro, gato, paloma y humano que he experimentado en la vida –al desarrollo urbano le hacen falta baños públicos–. De nuevo, y algo mareado por el fuerte aroma, había que superar varios “agáchese”, la sección de las revistas porno –anunciando tal vez la llegada a la zona de tolerancia que queda unas cuadras más abajo– tiendas de celulares, pilas, baterías y electrónicos, carritos aguacateros, carritos de limones y cocos, un bar gay, una pescadería, el restaurante a seis manos y, finalmente, mi destino: *El Cometa*, donde compraba pan trenza, roscón y algunas donas y, de nuevo, tenía que devolverme por el mismo camino que me llevó hasta allí. Así más o menos recuerdo mi odisea para comprar el pan en el que alguna vez fue mi barrio.

Mientras vivía en Las Nieves, tomé como parche subir a Monserrate. Subía por placer, a veces hasta para hacer ejercicio, y cronometraba mi tiempo, que siempre ha estado en el promedio de un deportista más bien mediocre; la subida es bastante dura, un buen ejercicio cardiovascular que limpia los pulmones. También subía porque necesitaba un escape; un escape de Bogotá y su ritmo, de su aire, de su estrés. Monserrate para mí era algo así como cuando uno de niño acudía al “tacho” para pedir la pausa de un juego, bien fuera la lleva, las escondidas, rejo quemado o la mano peluda. El tacho que me proporcionaba Monserrate era el de la vida, y el de ese vivir en Las Nieves, donde hasta ir por el pan era toda una aventura.

Ahora que no vivo en Las Nieves me doy cuenta de que me hacía falta la transición que propone el barrio o al menos la de los barrios donde viví antes -Castilla y Ciudad Salitre-, pues apenas ponía un pie en la calle 22 me encontraba de frente con el estrés, con el afán y el agobio de la gente, seres corriendo quién





sabe para dónde, casi por costumbre, por correr, porque “así es la vida”: un corre-corre. No es que yo no corriera, corría mucho, bastante. Tenía el ritmo de caminata del que ha vivido gran parte de su vida en el centro de una ciudad como ésta, rápido y nervioso, mirando cada dos segundos hacia atrás por si lo van a robar; en fin, al que anda entre la miel algo se le pega y yo disfrutaba realmente ser parte de esa variopinta fauna urbana, aunque muchas veces no quería saber nada de ella. En ese contexto, no podía evitar sentirme como ese personaje de la letra de la canción de la banda de rock bogotana Diamante Eléctrico titulada *Suéltame, Bogotá*. Esta canción es como una carta a esta ciudad, ciudad de amores y de odios. Amores como el que siento por los cerros orientales; odios como el que siento por los ricos que construyen mansiones en ellos. Amores como el que siento por la ciclo vía; odios como el que siento por los trancones —vivo en la ciudad más trancada del mundo—. Amores como el que siento por sus parques; odios como el que siento por vivir en una ciudad tan insegura. Amores como el que siento por vivir en una ciudad llena de conciertos y muy rica en vida cultural; odios como el que siento por experimentar lo cara que resulta esa vida. Amores como el que siento por Rock al Parque y demás festivales al parque; odios como el que siento por el Stereopicnic y su elitismo. Amores como el que siento por el teatro México, el teatro Jorge Eliécer Gaitán y demás; odios como el que siento por el ruido inclemente de los septimazos. Amores como el que siento por su clima; odios como el que siento por su clima. Amores como el que siento por Monserrate; odios como el que siento por el maloliente Instituto de Desarrollo Urbano.

Y de esas subidas a Monserrate, recuerdo algunas de categoría legendaria. Por ejemplo, una vez subí con guayabo —pésima idea—; seguramente el día anterior me había ido de rumba —no exactamente de la 22—, y se me ocurrió, entre borracho y enguayabado, la brillante idea de subir caminando... casi muero. También recuerdo la vez que más me demoré subiendo: fueron más o me-



nos como cuatro horas, iba con una amiga del Urabá y ella estaba fascinada por conocer un paisaje natural a esta altura, así que iba tomándole fotos a todo lo que a mí, por la costumbre, ya no me asombraba. Mi amiga también iba recogiendo un montón de piecitos de mata dizque para llevar al Urabá. Ahora que lo pienso, una acción totalmente irresponsable desde un punto de vista ecológico. También recuerdo con nostalgia la vez que con una amiga subimos caminando, nos metimos por un sendero prohibido, pasamos por el bosque de las ballenas, que, según mi amiga, le decían así porque los árboles se mecían y su sonido producía algo similar al canto de una ballena; y luego bajamos hasta llegar por otro camino boscoso al parque Nacional. En fin, todo esto para decir que mi vida en el barrio Las Nieves hubiera sido menos alegre si no hubiera tenido la posibilidad de subir a Monserrate, el tacho.

Luego de mi vida en Las Nieves y en otros barrios del centro de Bogotá, decidí cambiar de aires y en 2019 me fui a vivir a la vereda El Verjón Bajo, en la zona rural de Chapinero que queda entre la vía a La Calera y la vía a Choachí, justamente detrás de los cerros de Bogotá, en los picos de La Vieja, Piedra Nariz, Las Moyas y Piedra Ballena. Se trata de una zona muy fría y despoblada, llena de pinos invasores que trajeron supuestamente porque era la opción más rápida para reverdecer la tierra afectada por la minería. En ese lugar se cultiva muy poco; de hecho, en las partes más altas no está permitido porque es resguardo, pero tampoco es que se resguarde mucho, pues está lleno de fincas y edificaciones a medio hacer, muchas abandonadas. Recuerdo haber visto en un video de Instagram, publicado por la Corporación Autónoma Regional (CAR) a un oso de anteojos pasando muy cerca a la casita donde yo vivía: una casa campesina muy bella, pero helada, a 3000 metros de altura, justo en los límites donde empieza el páramo de Las Moyas. Al parecer, en ese lugar las probabilidades de encontrarse a un oso de anteojos son mucho mayores que las de toparse con un vendedor ambulante, y para mí que venía del barrio Las Nieves, eso fue un gran alivio.

Vivir allí significó un contraste con el voltaje de Las Nieves; allí se camina distinto, a un paso más calmado —la altura se siente bastante—, se ahoga uno, pero se respira mejor. Mis reflexiones de la infancia, que incluían a los cerros, se vieron saciadas con plenitud, ya que en el 2020, como sabrán, no había mucho que hacer, así que el tiempo lo empleaba caminando a lo largo y ancho de los cerros. Me metía en cuanto camino podía, caminaba hasta el once, un cruce que queda en la carretera que va hacia Choachí. Iba hasta un lugar llamado “Camino a Monserrate” que es por donde suben las mulas de carga para surtir los locales comerciales del santuario. Llegaba hasta el comienzo de ese camino, pero nunca me metí por ahí porque decían que era peligroso y ahí sí ni modos de encontrarse con algún celador y su *rottweiler*. Ejército sí había, pero muy poco (una vez los militares nos ayudaron a encontrar a una amiga que se había perdido yendo a visitarme). Caminaba hasta llegar a unos bosques de pinos un poco tenebrosos, algo así como de película de terror europea; allí recogía leña para quemarla en la chimenea de la casa y soportar el frío. Todos los martes caminaba un kilómetro largo de ida para dejar la basura en el lugar donde el camión la recogía, y luego de vuelta a casa. Caminaba hasta un riachuelo que quedaba cerca de la casa y contaba con la suerte de ser acompañado por mis gatos, que empezaban a maullar apenas cruzaba el río, al parecer porque no iban a poder acompañarme. Allí depositaba los desechos de un tarro de compost que preparaba juiciosamente con los residuos orgánicos. Gracias a la pandemia, por fin tenía tiempo para hacer las cosas realmente importantes. Caminaba varios kilómetros hasta donde Silverio, quien vendía un queso campesino delicioso. Caminaba también hasta la cima de un cerro muy alto donde quedaba una antena desde la cual se divisaba no sólo Bogotá, sino los pueblos de Mosquera, Tabio, Suba, Subachoque y Tenjo. Caminé bastante y descansé, descansé de la agonía del septimazo, de su bulla, de la gente corriendo y llegando tarde a su trabajo, del Instituto de Desarrollo Urbano y de su



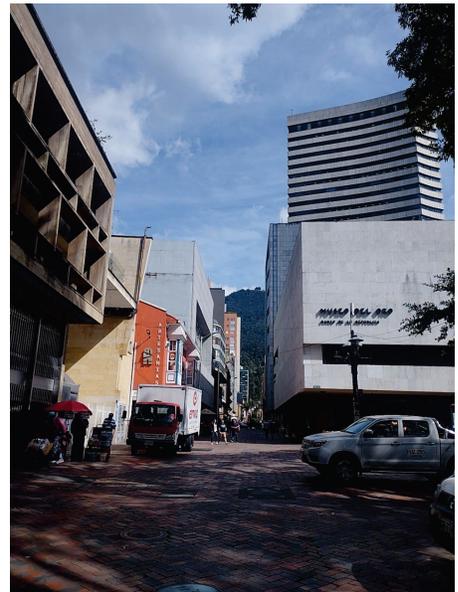


aroma; descansé de las caras malhumoradas, de los oficinistas, de los banqueros encorbatados, de los profesores tomadores de tinto, fumadores y malgeniados. Descansé mucho, sí, pero también me aburrí bastante, sobre todo cuando llovía, pues ahí sí no había absolutamente nada que hacer. Debo confesar que en los momentos de mayor aburrimiento extrañaba el bullicio de la 22. Cuando volvimos a la “normalidad”, mi vida en El Verjón Bajo había terminado, sobre todo porque para mí el teletrabajo dejó de ser una opción y tocaba trabajar de manera presencial; no creo que en algún momento de mi vida vuelva a vivir allí, pero es interesante reconocer el universo de cosas que se encuentran detrás de los cerros de esta ciudad.

Presiento que los cerros de Bogotá forman parte de mi identidad, me gusta pensar que mi relación con ellos es profunda, fraternal, y que lleva años forjándose a partir de las distintas experiencias de mi vida. Me gusta pensar algo así como que ellos me vieron crecer y que, a cambio, yo he ido explorándolos en la medida de mis posibilidades, aparte de las ya narradas; he tenido la oportunidad de conocer las lagunas de Siecha, que quedan muy al norte en el Parque Natural Chingaza, el cual surte de agua potable a gran parte de la ciudad. Tuve la oportunidad de caminar del barrio Altamira, en la localidad de San Cristóbal, hasta Ubaque. Es un recorrido de 35 kilómetros que bordea el páramo de Cruz Verde y el de Matarredonda, y que se realiza como parte de un festejo popular los últimos días de enero. He ido varias veces al cerro de La Vieja, que queda por el barrio Rosales, justo al occidente de El Verjón Bajo. He conocido una muy pequeña parte del Sumapaz, una zona rural del sur de Bogotá que tiene el páramo más grande del mundo.

Aún me faltan muchos lugares de los cerros por descubrir, entre ellos, el cerro de La Teta, los cerros del Pan de Azúcar, el Boquerón de Torca, el alto de La Morena, los altos de Serrezuela, la Cuchilla El Chuscal, el cerro San Cristóbal, la quebrada Las Delicias, el cerro de La Viga, o del Cable –donde se estrelló un

avión en los ochenta—, la subida por el embalse de San Rafael, el mirador de La Cañada, el cerro Aguamozo y Guadalupe, el otro cerro icónico de Bogotá que, junto a Monserrate, tiene la huella evangelizadora de los españoles. A los cerros me gusta imaginarlos como unos seres animados, místicos, que guardan profundos secretos de la humanidad, pero que también son amistosos, cálidos, y se ríen de mis fantasías infantiles cuando los imaginaba calientes, como refugio de rolos buscando alguna piscina donde echarse, o algún tobogán en donde lanzarse. Se ríen también de mis desatinos como el de subir con guayabo, o el de mi amiga que se perdió en ellos por ir a visitarme. Quiero creer que los cerros son como deidades: me acompañan en mis caminatas, limpian mis pulmones y me protegen, ya sea para comprar el pan en El Cometa, para depositar el compost o para comprar el queso donde Silverio. A los cerros —y por qué no—, a Las Nieves, gracias por tanto.



# El silencio entre nosotros / Nostalgia del silencio

**Sergio Enciso Marín**

Profesor del Departamento de Humanidades e Idiomas  
Maestro en artes plásticas y magíster en Estudios Culturales  
Ilustración del autor

El 20 de marzo de 2020 dejaron de sonar los motores de miles de automóviles. Sus dueños no los volvieron a sacar de sus garajes. Los buses de las rutas escolares también dejaron de recoger a los niños. Sus risas y sus gritos no circularon más. No puedo decir que gracias a eso el silencio en la ciudad hubiera llegado a ser absoluto, pero, por lo menos en las mañanas, el bullicio que se apoderaba de las calles y del transporte se convirtió en algo casi inexistente.

Cuando el aislamiento obligatorio empezó —y parecía que sería sólo un simulacro de algunos días— sentía mucho miedo. Dormía poco y daba vueltas en la cama durante la noche. Despertaba extrañado a la hora en que tendría que haber empezado a alistarme para salir a trabajar. Durante varios días no pude comer debido a la ansiedad y a que me atemorizaba el silencio. La falta del bullicio metálico de los motores me parecía inquietante; me aterraba que la ciudad hubiese dejado de funcionar de esa manera tan abrupta y que, a pesar de que fuese algo que habíamos pedido a gritos por nuestra seguridad, no nos pudiéramos mover de la casa ni para salir a trabajar.

Durante los primeros meses de la pandemia del covid-19 era muy poco el sonido que había fuera de mi ventana en las mañanas. Tan sólo se oían algunas personas en la calle, quienes por fuerza mayor no habían podido dejar de desplazarse. Celadores, personal del aseo, vendedores, domiciliarios, policías, médicos y enfermeras siguieron montando en transporte público para ir

al trabajo. Sin embargo, el ruido que producían no era suficiente como para llenar las calles del barullo prepandemia.

Con el ruido de los carros desapareció también el señor que se paraba cerca de la esquina de mi edificio a regular el tráfico. Era un tipo en extremo sonriente y extraño, quien, con un silbato y una pañoleta roja, se le atravesaba a los carros en la mitad de la avenida 68 para forzarlos a detenerse o darles permiso para avanzar. A la hora pico, en la mañana, su presencia era anunciada por una ola insoportable de bocinas y gritos provenientes de los automotores.

“Ese viejo no regula el trancón, se dedica es a pedir plata para formar lo”, se quejaban los vecinos. Su pañuelo rojo hacía lo que la capa de un torero le hace a un toro: enervarlo. La gente detrás de sus timones, al verlo y tener que esperar, se exasperaba y pitaba más. Durante los meses de encierro forzado no lo extrañé. Lo recordaba, junto con el ruido excesivo de los carros, como un detalle anecdótico de esa vida anterior a la reclusión. Me agradaba su ausencia, aunque a veces me preguntaba dónde estaría, de qué estaría viviendo, quién le entregaría monedas si en ese momento no había tráfico para perturbar. También pensaba que me aburriría tener que volver a un ajetreo vehicular como el de antes.

A medida que pasaron los dos primeros meses de la pandemia el ruido volvió a aumentar. Regresaron los carros y el paisaje sonoro de la ciudad se transformó de nuevo: llegaron actores que antes no solían aventurarse por mi barrio. Desde mi habitación escuchaba a diario el voceado de los vendedores de aguacate, plátanos, eucalipto y otras yerbas; el clamor de los vendedores de pacas de huevos; las ruedas rechinantes de las bicicletas de los domiciliarios, de ida y de venida; el llamado de los recicladores; el lamento del mariachi, desempleado y hambriento. Hubo una noche en que varias camionetas de la Policía Metropolitana se parquearon junto a mi edificio con una banda musical que pretendía animar a los reclusos con un concierto de



música popular. Extrañados, pero emocionados, los vecinos se asomaron en sus balcones a cantar vallenatos y salsa, ondeando con orgullo sus empolvadas banderas de Colombia, las cuales sólo lucían durante los partidos de la selección, cancelados en su mayoría por la emergencia sanitaria. Los trapos tricolores terminaron sirviendo como símbolo de agradecimiento y para conjurar una tragedia, que al final no logramos exorcizar, y que dejó miles y miles de muertos.

Toda esa algarabía de músicos y rebuscadores trashumantes se me hacía inquietante, pero había un sonido que se me hacía aún más perturbador: en el parque aparecían familias, quizás de seis o siete integrantes pidiendo ayuda. Un sábado vi un grupo conformado por cuatro mujeres, un hombre que vestía un esqueleto negro, y cinco niños que jugaban en las atracciones del parque, inconscientes del papel que cumplían en la empresa familiar. El tipo, moreno y fornido, se ponía las manos alrededor de la boca y gritaba con acento caribeño: “Si nos desean colaborar / con una moneda o un alimento / estaremos acá en portería / lo que salga de sus corazones / el Padre se lo multiplica”. Su voz era el grito de la pobreza, el clamor de la miseria que pasaba reclamando ventana por ventana.



Al principio, cuando esas familias empezaron a transitar, la gente reaccionaba. Los vecinos salían a verlos por sus ventanas y balcones y desde el interior de los apartamentos pasaban de mano en mano comida, ropa, colchones o dinero. Sin embargo, a los pocos días llegó una comunicación de la administración en la que pedían que no les diéramos nada más. No lo mencionaron en los correos ni en los anuncios pegados en las paredes en los ascensores, pero la razón de ese requerimiento era probablemente evitar una conflagración mayor en el parque. Todos, a toda costa, querían(queríamos) evitar un río de familias empobrecidas implorando ayuda junto a las ventanas, recordándonos la fragilidad de nuestro encerrado privilegio.

La estrategia funcionó porque los pequeños clanes disminuyeron su paso. Unos días después vi el último. Algunos de sus miembros sostenían carteles con mensajes escritos a mano sobre cartones, los otros gritaban de pie. Intenté leer sus proclamas, pero estaban muy lejos. Se alejaron antes de que alguien pudiera volver a sentir lástima. Antes de partir, una de las integrantes se bajó los pantalones y se acurrucó a orinar junto a las matas que están más acerca a las ventanas, en frente de vecinos, transeúntes y paseadores de perros. Luego se alejó sin afán.

El clamor de los necesitados disminuyó, igual que, por fortuna, lo hizo el ruido de los vecinos evangélicos. Eran una familia escandalosa. Aunque no me determinaban ni siquiera para saludarme, mis interacciones con ellos siempre involucraban algún tipo de alboroto.

Nuestro encuentro más significativo fue el 24 de diciembre de 2019. A las 2 y 04 de la tarde empezó a temblar. En el segundo sacudón de la tierra mi mamá, bastante nerviosa, decidió que era mejor salir al parque y no quedarse adentro del apartamento a merced de la furia de la tierra. Mientras yo me alistaba para evacuar, ella abrió la puerta. Del interior del inmueble vecino apareció la matrona con los brazos en alto invocando a Cristo. Asustada, clamaba por la protección de su sangre mientras su

esposo y sus tres hijos la seguían en actitud de humillada penitencia. Al verla supe que era preferible quedarme encerrado, contemplando cómo se movían las persianas y oyendo cómo traqueaban las paredes. No me iba a arriesgar a bajar por las escaleras de emergencia con el griterío de esa señora. Mi mamá, aún más asustada, me miró con cara de “Ni por el putas”. Nos quedamos quietos, nos tranquilizamos y esperamos un rato a que desaparecieran detrás de la puerta de emergencia.

Mamá tampoco dejó de tocar la guitarra durante el aislamiento. Practicaba incesantemente. Lo hacía conectada a clase por Zoom. Conversaba, gritaba y se reía dos o tres veces por semana frente a la tableta y el resto de la semana repetía incansable los acordes de *El camino de la vida* y *La piragua*. No lo hacía mal, pero esa iteración incesante puede llevar a cualquier persona medianamente sana al desahucio mental.

El vecino pianista tampoco volvió a sonar. Al principio de la cuarentena el muchacho, a quien sólo vi de pasada una vez, practicaba todos los días. Se escuchaba perfecto en la cocina de mi apartamento. Algunas veces, sobre todo en las noches, sacaba mi cabeza por la ventana para escucharlo un rato. Parecía que el tipo era un músico profesional. Sin embargo, con los días y la rutina, la fascinación que me producía se desvaneció.

Han pasado ya casi cuatro años desde que inició el aislamiento. Hace ya casi dos que regresamos a la presencialidad completa. Volví a transitar las rutas de Transmilenio yendo hacia la universidad y recorriendo la ciudad, aunque sigo prefiriendo la bicicleta; sin embargo, la lejanía del campus me impide llegar en ella. Entonces recorro todos los días la ruta de la avenida Caracas y la autopista Norte.

Es en ese recorrido donde han vuelto a encontrar un nicho todos los recursos técnicos que los músicos adquirieron para hacerse escuchar desde parques y andenes durante el aislamiento. Algo tenían que hacer los artistas urbanos con sus grandes equipos de sonido –baffles, micrófonos, instrumentos, pistas y cables– que compraron para cantar en la calle.



No niego que la mayoría de esos músicos son hombres y mujeres inmensamente talentosos: están los que interpretan de forma maravillosa todo tipo de baladas, merengues y salsa —la canción favorita del público es *A dormir juntitos*—; también están los del sonido llanero y la trova popular. Son luchadores de la calle que arrastran entre buses y estaciones instrumentos gigantes —arpas, guitarrones, chelos— con parlantes que van desde los 50 centímetros hasta el metro y medio. Otros llevan instrumentos más comedidos, pero con sistemas de apoyo sonoro también poderosos. Uno famoso es el joven que interpreta en su violín, en una accidentada y desentonada perfección, las cuatro estaciones de Vivaldi. No conozco ningún otro músico que logre despertar la sensibilidad del público rolo que se aferra con ansias a las plásticas sillas rojas azotadas por el calor o por las nubes grises.

Todos tienen algo de maravilloso —talentos e historias excepcionales y un afán por sobrevivir en una ciudad que no dan un solo peso por ellos—, pero también algo alarmante: sin excepción, tienen la intención de llenar el espacio de todos los vagones con la reverberación de su voz. No debe quedar un solo rincón del bus que no toquen sus melodías y sus historias. Los intérpretes han remplazado el silencio del transcurrir cotidiano con sus megaconciertos y con el ligero repicar de los aplausos obligados. Y aunque uno no lo quiera, aunque uno pretenda ponerse la máscara de la paciencia y de la tolerancia, eso es algo muy difícil de sobrellevar. Me temo que no es sólo una impresión mía: lo veo a diario en los rostros de los compañeros viajeros, lo atestigüé en la cara de rabia de un viejito que se despachó en contra de un músico que, a mi parecer, no se lo merecía.

“No tengo por qué soportarme el ruido que usted hace —le gritó el anciano, mientras el artista con su guitarra se reía en silencio—. Lo suyo no es arte ni es música, es mejor que se vaya para su país, porque nosotros ganamos las elecciones y ahora vamos a decidir aquí qué es lo que se hace”.

Nadie actuó, nadie apoyó al anciano ni defendió al músico. Los pocos testigos que quedábamos en el bus nos dedicamos a fingir que no estábamos oyendo nada. Cuando llegamos al portal, me sorprendí al pensar que me hubiera gustado pedirle a ese músico (a alguno/cualquiera/todos) que le bajara un poquito para que yo también pudiera escuchar mi pódcast, para que el señor de los gritos pudiera ordenar sus pensamientos y darle lógica a su argumentación, o para que la vecina de asiento pudiera oír su serie de Netflix. Pero eso es algo que no me parece factible hacer porque en el alma de los bogotanos vive la necesidad de aguantar y callar hasta que llegue la hora de gritar y madrear, sin un punto intermedio. Aunque el espacio público no es para lucrarse, todos –hasta los músicos ruidosos– tenemos derecho a trabajar, o a ganarnos el pan de alguna manera. Ese ruido, esa música, esas canciones y clamores reflejan una situación mucho, pero mucho más profunda y desesperada, igual que el paisaje sonoro de la pandemia nos revelaba el hambre, la tristeza, la soledad, la injusticia y el miedo.

De ese silencio de la ciudad en las mañanas que se estableció al principio del 2020 ya no queda nada, solo un vago recuerdo al que uno accede cuando revisa sus diarios o sus notas del confinamiento. Lejos ha quedado aquel silencio que un día existió entre nosotros en las mañanas.



# Bogotá y la bicicleta

**Juan Carlos Lopera Téllez**

Profesor del Departamento de Humanidades e Idiomas

Filósofo y magíster en Ciencia Política

Fotografías cortesía del autor

Las reflexiones acerca de la sostenibilidad y la eficiencia del transporte en ciudades como Bogotá se han posicionado como ejes centrales en los debates políticos; algo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que las decisiones que toman aquí los estados, para proveerlo u organizarlo, impactan inevitablemente en la calidad de vida de sus habitantes, en la preservación del medioambiente, en el uso del espacio público, en el desarrollo económico y hasta en la búsqueda de equidad social.

Según el TomTom Traffic Index 2023, los habitantes de la capital colombiana gastan alrededor de 117 horas al año en trancones, cifra que ubica a esta urbe como una de las más congestionadas del mundo. Los rezagos en la infraestructura vial son considerados como una de las principales causas de dicho problema; sin embargo, cada vez es más frecuente encontrar posturas que sostienen que los retos de la movilidad, hoy en día, ya no pueden afrontarse simplemente construyendo nuevas vías para el transporte individual motorizado o ampliando las existentes.





Al respecto, varias investigaciones académicas han demostrado que la construcción de más carriles o nuevas avenidas en ciudades densamente pobladas sólo soluciona los problemas de congestión temporalmente; en lapsos cortos de tiempo, esas nuevas o ampliadas vías terminan alcanzando los mismos niveles de congestión que se tenían antes de su construcción (Downs, 2005).

Dejando de lado la importancia de contar con un servicio de transporte masivo de pasajeros (que sea eficiente), algo que Bogotá también está en mora de proveer, el uso de la bicicleta ha emergido como una importante estrategia para afrontar los retos actuales de la movilidad urbana. Este medio de transporte, que permite realizar viajes de corta y mediana distancia, podría ser uno de los más sostenibles y eficientes dentro de los que existen actualmente, además de ser muy económico.

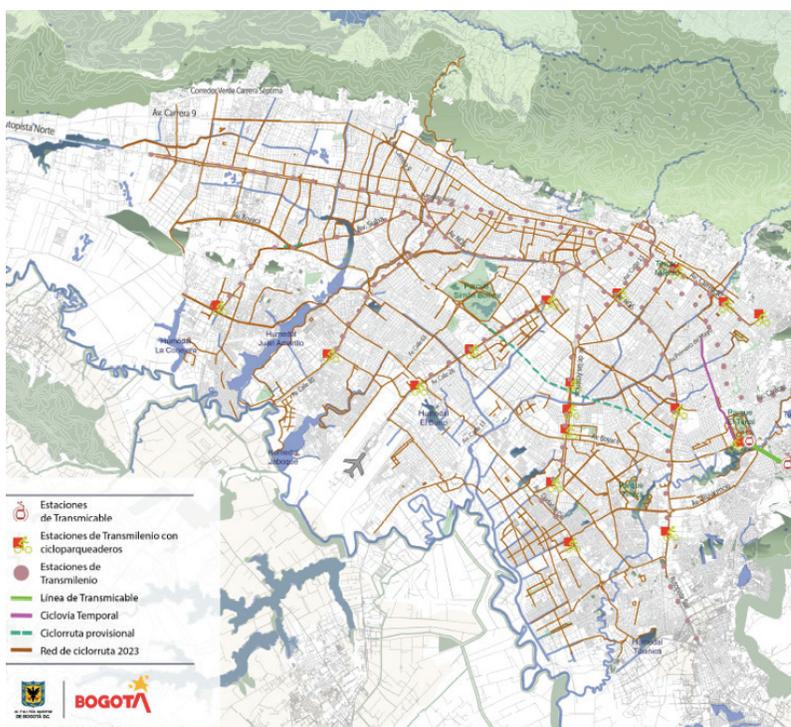
El transporte que utiliza motores de combustión interna, como lo conocemos hasta ahora, es responsable de una gran parte del consumo de petróleo, así como de la generación de grandes niveles de residuos y polución. Según la Organización de las Naciones Unidas (ONU), este tipo de transporte genera más del 60 % de las emisiones que contaminan el aire, lo cual lo hace muy poco sostenible. En contraste, la bicicleta no consume combustible, su uso no genera contaminación atmosférica ni acústica y, además, ocupa menos espacio que los vehículos particulares. Su uso masivo permitiría disminuir la congestión vehicular, generaría un ahorro significativo de energía y recursos y hasta optimizaría el uso del suelo urbano (Pucher & Buehler, 2012).

Aunque Bogotá aún está lejos de ciudades europeas como Ámsterdam o Copenhague, por mencionar algunos ejemplos, en donde más del 30 % de los viajes se hacen en bicicleta, la capital de Colombia es considerada un caso de éxito en cuanto al uso utilitario de este medio de transporte (Rosas & Rodríguez, 2019; Vanegas, 2023). Según cifras de la Secretaría Distrital de Movilidad de Bogotá (SDMB), en 2023 se alcanzaron más de 880.000 viajes diarios en bicicleta y más de 1'200.000 en la Bogotá-Región

(SDMB, 2023a), cifras que reflejan un aumento significativo de este tipo de viajes en las últimas décadas. Para mencionarlo con mayor precisión, desde el año 2000 hasta la fecha, los desplazamientos en bicicleta en Bogotá pasaron de representar cerca del 1 % de los viajes totales a casi el 7 % (SDMB, 2023a), lo que hace de esta ciudad una de las metrópolis del mundo con el mayor número de viajes en esta modalidad de transporte.

Este éxito se debe a que, en las últimas décadas, diferentes administraciones han implementado planes y proyectos para mejorar la cicloinfraestructura y para facilitar la movilidad de los bicisuarios. Por ejemplo, actualmente se cuenta con un sistema de bicicletas compartidas con más de 3.000 bicicletas y 300 estaciones, cerca de 50.000 cupos de biciparqueaderos y un poco más de 600 kilómetros de ciclorrutas.

Pero el uso de la bicicleta también afronta una serie de dificultades y riesgos para quienes se desplazan cotidianamente a través de ellas en Bogotá, ciudad con una alta densidad poblacional, un sistema de transporte público deficiente y una infraestructura vial insuficiente.



Mapa de Ciclorrutas de Bogotá (SDMB, 2023b).

Una de dichas dificultades es la falta de seguridad, tanto en términos de accidentes de tráfico como de robos. Según el Observatorio de Movilidad de Bogotá (OMB), en el año 2023 se registraron más de 1.700 accidentes de tránsito que involucraron a ciclistas, de los cuales 65 resultaron fatales (OMB, 2024). Estos accidentes ocurren principalmente por la imprudencia de los conductores y los peatones, la falta de respeto a las normas de tránsito, la escasa señalización y el mal estado de las vías. Por otro lado, el robo de bicicletas es un problema frecuente. Según la Policía Nacional, en el año 2023 se reportaron más de 8.000 casos de hurto de bicicletas en Bogotá.

A lo anterior se suma la falta de conectividad y de infraestructura adecuada para el uso de la bicicleta. Aunque Bogotá cuenta con una red de ciclorrutas de más de 600 kilómetros, aún no cubre todas las zonas de la ciudad ni se integra adecuadamente con el sistema de transporte público. Además, muchas de las ciclorrutas existentes están en mal estado, invadidas por vehículos o interrumpidas por obstáculos o cruces peligrosos.

La falta de cultura y de educación vial, tanto de los propios biciusuarios como de los demás actores de la movilidad, es otra de las fallas que se encuentran en Bogotá. Muchos biciusuarios no conocen o no cumplen las normas de tránsito, como el uso del casco, las luces y el chaleco reflectivo, o no respetan las señales, los semáforos o las preferencias de paso. Esto genera conflictos y riesgos con los conductores, los peatones y otros biciusuarios. Además, muchos conductores y peatones no reconocen el derecho de los biciusuarios a circular por las vías ni les brindan las condiciones de seguridad y de convivencia necesarias.

Además, existe otro aspecto cultural, un poco más profundo, que aún atraviesa a muchos habitantes de grandes ciudades, especialmente las latinoamericanas, y que sigue siendo una importante barrera para el uso de la bicicleta: el hecho de concebir la tenencia y uso del automóvil como un símbolo de progreso económico individual y familiar (Rodríguez, et al, 2021), he-



rencia inevitable de aquellas visiones de planificación urbana que siempre priorizaron la movilidad individual motorizada (Aldred & Jungnickel, 2014).

Todas estas dificultades siguen siendo retos que deberán afrontar las políticas públicas que apunten a consolidar el uso utilitario de las bicicletas y que propendan a organizar un transporte realmente sostenible para la ciudad. Aquellas visiones de planificación “carrocéntrica” deben dar paso a otras nuevas que pongan el acento realmente en la sostenibilidad (Banister, 2008), en las que se conciban las vías como espacios en donde puedan coexistir diferentes modos de transporte, de manera segura, y no como áreas exclusivas para el tránsito de carros y motocicletas.

#### **Bibliografía**

- Aldred, R. & Jungnickel, K. (2014). Why culture matters for transport policy: The case of cycling in the uk. *Journal of Transport Geography*, 34, 78-87.
- Banister, D. (2008). The sustainable mobility paradigm. *Transport Policy*, 15(2), 73-80.
- Downs, A. (2005). *Still Stuck in Traffic: Coping with Peak-Hour Traffic Congestion*. Brookings Institution Press.
- Secretaría Distrital de Movilidad de Bogotá. (2023a). Encuesta de Movilidad 2023. Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Secretaría Distrital de Movilidad de Bogotá. (2023b). Mapa de Ciclorrutas de Bogotá. [https://www.movilidadbogota.gov.co/web/mapa\\_de\\_ciclorrutas\\_de\\_bogota](https://www.movilidadbogota.gov.co/web/mapa_de_ciclorrutas_de_bogota).
- Observatorio de Movilidad de Bogotá. (2024). Seguridad Vial. <https://observatorio.movilidadbogota.gov.co/seguridad-vial>
- Pucher, J., & Buehler, R. (2012). *City cycling*. MIT Press.
- Rodríguez, A., Rosas, D., Unda, R. & Handy, S. L. (2021). The decision to start commuting by bike in Bogotá, Colombia: Motivations and influences. *Travel Behaviour and Society*, 24, 57-67.
- Rosas, D & Rodríguez, A. (2019). Factors and policies explaining the emergence of the bicycle commuter in Bogotá. *Case Studies on Transport Policy*, 7(1), 138-149.
- Vanegas, G. (25 junio 2023). Pedalear en la selva de concreto: la Bogotá que se mueve diariamente en bicicleta. *El País*. <https://elpais.com/america-colombia/2023-06-26/pedalear-en-la-selva-de-concreto-la-bogota-que-se-mueve-diariamente-en-bicicleta.html>.

# Bogotá: arquitecturas de nuestros anhelos y desencantos

**Javier Moreno Moreno**

Profesor del Departamento de Humanidades e Idiomas  
Antropólogo

Siempre me ha parecido fascinante cómo los seres humanos proyectamos nuestros estilos de vida, nuestros anhelos, angustias y expectativas en las obras que construimos, en las historias que contamos y en los rituales que realizamos. Así, una casa, un apartamento, una calle, un parque, un edificio, y toda la infraestructura que da forma a una ciudad como Bogotá, hablan de los sueños, ansiedades y desencantos de quienes la habitamos. En otras palabras, el espacio urbano de la ciudad no es sólo un cascarón de cemento en que desarrollamos nuestras actividades diarias, sino territorios cargados de un complejo sentido social y simbólico. De esa simbiosis entre espacio urbano y quienes lo habitamos, es que tratan los tres relatos breves que presento a continuación.

\* \* \*

“Ojalá terminen pronto, queden bien hechas esas obras y duren mucho tiempo”, eso fue lo que les comentó a sus compañeras de viaje una mujer de mediana edad, de pelo castaño y cara redonda, que viajaba en el bus biarticulado de Transmilenio que cubría la ruta LI8 durante la hora pico: Terminal del Norte-Portal 20 de Julio. Corría el mes de octubre del año 2023. Era viernes. Ella conversaba con dos compañeras de trabajo. Vestían uniformes azules, en los cuales se observaba el logo y nombre

de una entidad de salud, así como el nombre y apellido de cada una de ellas. La conversación giraba en torno a las obras que se realizaban en Bogotá, a los problemas de congestión del tráfico y sus impactos en los desplazamientos por la ciudad. “Ojalá terminen pronto, queden bien hechas esas obras y duren mucho tiempo”, a lo cual una de sus compañeras, una mujer menuda y de piel oscura, respondió: “¡Qué va!... Dura más un dulce en la puerta de una escuela”. Respiró profundo, hizo un gesto de escepticismo y añadió: “No alcanzan a terminar una obra cuando ya comienzan a hacerle remiendos”.

La compañera que las escuchaba, una mujer de cabello ondulado, piel clara, estatura media y gafas grandes, terció en la conversación. Movi6 su cabeza en se6al de asentimiento, frot6 sus manos y dijo: “Es cierto”, y comenz6 a enumerar algunos ejemplos de absurdos que se han cometido en la ciudad: calles que pavimentan y que, d6as despu6s, deben ser intervenidas de nuevo para hacer alg6n arreglo relacionado con las redes de agua o de gas ( olvidos inexplicables); pavimentaci6n de calles que no presentaban ning6n tipo de aver6a, mientras otras se encuentran en total abandono; andenes rehechos porque olvidaron las entradas a los parqueaderos, entre otros muchos ejemplos. Hablaban con desparpajo, con cierta impotencia e incredulidad, y con una actitud de resignaci6n aprendida, a la cual uno se acostumbra en el d6a a d6a de Bogot6.

Escuch6 el anuncio de que en pocos minutos llegar6amos a la estaci6n Calle 34, ubicada sobre la avenida Caracas, en pleno coraz6n de la ciudad. Comenc6 a buscar la puerta m6s cercana, diciendo en voz baja, a quienes estaban cerca de m6, “Disculpe”, mientras mov6a mi cuerpo menudo, y comenzaba a andar con el mayor cuidado, con el fin de no tropezar, buscando siempre de d6nde sostenerme, ya que no siempre me es f6cil alcanzar los pasamanos debido a mi baja estatura. Mientras lo hac6a y sal6a de la estaci6n, pens6 en la conversaci6n de las tres mujeres, y en lo que se ha vuelto un lugar com6n: *Bogot6 siempre est6 en*



*obra*. Consideré esta expresión como una analogía de quienes la habitamos: también nosotros, los “urbanitas” capitalinos, *estamos siempre en obra*.

Aunque nos irrite con la vida “caótica” y en “permanente obra” de Bogotá, y la señalemos como causa de nuestras incomodidades, estrés, pérdidas de tiempo, responsable de nuestros desencantos, sería difícil vivir sin ese *caos*. Esas obras que nunca finalizan producen el vértigo y la adrenalina sin los cuales nuestra existencia *urbana* caería en un aburrimiento brutal; una monotonía cuya sola posibilidad nos aturde; sería tanto como caer en un estado catatónico. No nos llamemos a engaño: la queja del frenesí y de las obras sin finalizar en nuestra ciudad, que altera nuestras agendas diarias, no es más que una retórica que encubre nuestro secreto anhelo de vértigo, y que explica parte de nuestra idiosincrasia. Necesitamos del bullicio, del frenesí y del vértigo, sin los cuales no entraríamos en el reino de la ciudad, de una ciudad como Bogotá.

\* \* \*



Según el relato bíblico, Jesús camina sobre las aguas. Nosotros, en Bogotá, también lo hacemos, aunque de forma distinta. En nuestro caso no se trata ni de prodigios ni de mostrar poder sobre los elementos de la naturaleza. No se trata de un milagro, sino de las posibilidades técnicas que brinda la ingeniería. Caminamos, corremos, montamos bicicleta, viajamos en buses de Transmilenio, en taxi, en motocicleta o en carro sin sospechar que debajo de esas avenidas corren, al mismo tiempo, cuerpos de agua que, para envidia de nosotros, no sufren las eternas congestiones que padecemos a diario.

Sí, en Bogotá, desde finales del siglo XIX, se hicieron esfuerzos por canalizar ríos como, por ejemplo, el San Francisco, sobre cuyo cauce se construyeron la avenida Jiménez y la carrera Séptima, en el centro de la ciudad. Otros ríos, arroyos, quebra-

das o arroyuelos corrieron la misma suerte: siguen fluyendo, con sigilo, por debajo del pavimento. Por lo tanto, no podemos negar que todos hemos caminado sobre esas aguas, aunque no tengamos conciencia de ello. Claro que hay otros cuerpos de agua cuya canalización no los condenó al “destierro” total de la vista de los transeúntes, aunque no por ello obtuvieron un mejor destino. Al contrario, aunque en sus nacimientos, en los cerros, montañas y páramos vecinos de Bogotá conserven su belleza natural, al entrar en el área urbana inician un acelerado proceso de degradación. Sus aguas cristalinas se convierten en cuerpos de agua hediondos, y para los urbanitas capitalinos ya no son ni ríos ni arroyos o quebradas sino caños, término coloquial y despectivo para referirse a esas aguas contaminadas que preferiríamos no ver ni oler... tampoco conocer sus nombres.

Pensé en ese mundo escondido bajo el asfalto, y en que *camina*mos sobre las aguas, después de recordar el eslogan de la Capital: “Bogotá: 2600 metros más cerca de las estrellas”, que hoy forma parte de la marca ciudad de Bogotá. Si bien el lema es inspirador, poético y hasta idílico, no deja de ser una gran paradoja. Evocar la imagen de los *urbanitas* alzando su mirada, en una noche estrellada, para sentir el privilegio de estar más cerca de las estrellas, es una ironía, ya que, para verlas, necesitamos salir de la ciudad. La luz artificial y la contaminación lumínica impiden tener una imagen nítida del cielo. Necesitamos ir a las montañas, a las casas de campo o a entornos silvestres para apreciarlas; en Bogotá es difícil ver las estrellas, como es difícil ser consciente de los cuerpos de agua que la recorren. Agua escondida y cielo inalcanzable nos cuestionan sobre aquellos aspectos que, como sociedad urbana, preferimos encubrir, aspectos de los cuales no deseamos hablar, pero que están allí, incidiendo en nuestro diario vivir. También nos cuestiona sobre nuestras expectativas desbordadas y nuestros deseos inalcanzables... ¿Cuáles son unos y otros?

\* \* \*

Es frecuente escuchar conversaciones (mientras se hacen largas filas en el supermercado, en el servicio médico o en un banco) sobre los nuevos espacios residenciales: edificios, cada vez más altos, con un número de apartamentos que suele ser superior al conteo que hace cualquier transeúnte desprevenido. La gente mayor y de mediana edad no sale de su estupor. Sí, les parece inverosímil que se construyan viviendas de apenas 28, 30 o 32 metros cuadrados. El asombro es comprensible. Buena parte de la ciudad de Bogotá fue construida por campesinos que migraron, desde mediados del siglo XX, de las zonas rurales a las ciudades. Cambiaron su azadón y su arado por el metro, el palustre y la pala. Construyeron sus propias viviendas y las de sus coterráneos, dando origen a lo que hoy llamamos barrios populares. A esos obreros de la construcción, que se formaron de manera empírica, la jerga popular los denominó “rusos”, apelativo que se ha conservado hasta nuestros días. Al caminar por esos barrios populares se advierte que una casa, de dos o tres plantas, puede lograr áreas de más de 180 metros cuadrados. De allí que la comparación de quienes habitan o han habitado esas casas, frente a las nuevas realidades de las viviendas planificadas y pequeñas, resulte hasta grotesca.

Pero... ¿de qué habla ese cambio de dimensiones? Habla de nosotros, de transformaciones en nuestros hábitos de vida, en la manera como nos relacionamos con el entorno y con la sociedad, en nuestras expectativas de futuro, y en general, en lo que esperamos de los demás y de nosotros mismos. Esa transformación en el tamaño de las viviendas delata uno de los cambios más significativos en nuestro estilo de vida, y para encararlo, aunque nos cueste creerlo, recurrimos a estrategias que, como especie *Homo sapiens*, ya hemos ensayado en otros momentos de la historia. En las nuevas generaciones, la tendencia a un estilo de vida *nómada* se ha venido acentuado: las viviendas ya no representan, de manera exclusiva, una opción para construir un proyecto definitivo de futuro; en muchos casos adquieren la

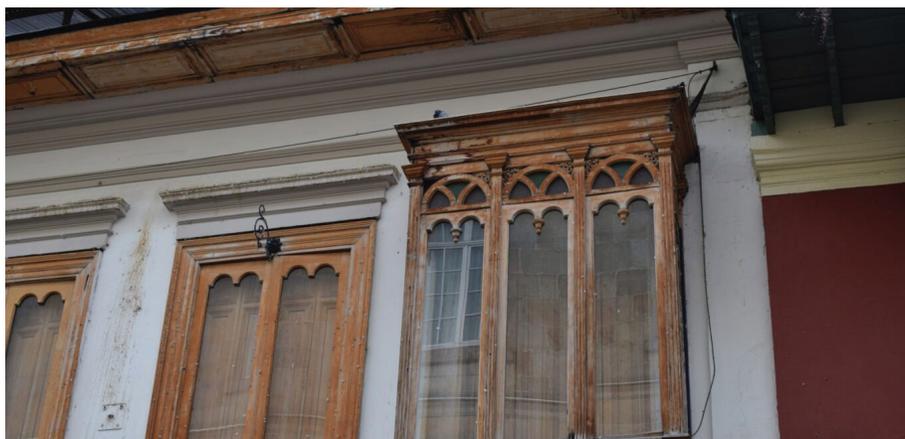
forma de sitios de paso. También se ha intensificado el deseo de moverse por el mundo, de “colonizar” nuevos territorios, de ensayar con nuevos idiomas, de trabajar desde la distancia. Claro, todo ello hoy es posible gracias a los colosales avances tecnológicos. Y a esos cambios en la manera de encarar la vida les hemos creado etiquetas como, por ejemplo, la de *nómadas digitales*: trabajar para una multinacional en Frankfurt, pero residir en Cali, Bogotá, Medellín, Tunja o Barranquilla, y también soñar con pasar temporadas, mientras siguen trabajando, en Madrid, Buenos Aires, São Paulo, Londres o Milán. Y aunque nos cueste creerlo, ese estilo de vida es el que más hemos empleado a lo largo de la historia humana.

Si miramos con detenimiento, esa manera *nómada* de vivir no debería asombrarnos. Recordemos que nuestro proceso de hominización comenzó hace 2,5 millones de años, y la tendencia *sedentaria* no va más allá de algunos miles de años. Incluso, nuevas investigaciones muestran que nuestro origen, como especie nómada, podría alcanzar tiempos más remotos. Los hallazgos de hace 2,5 millones de años señalan que los primeros primates bípedos vivían de un lado para otro en busca de alimento, para protegerse de depredadores y contar con mejores posibilidades climáticas. Así, durante la mayor parte de nuestro proceso evolutivo hemos privilegiado nuestra tendencia itinerante, siempre en pos de nuevas y mejores oportunidades de subsistencia. De ello da cuenta el registro fósil de esqueletos humanos y el hallazgo de herramientas líticas, es decir, de artefactos elaborados de piedra para la defensa, corte y destaje de grandes animales que eran su fuente de proteína. Hoy, la tendencia *nómada*, que nunca ha desaparecido por completo, como lo evidencian tribus de los bosques de América y África, vive un resurgimiento; pero esta vez las personas ya no buscan rocas para elaborar herramientas; en su lugar portan toda suerte de dispositivos electrónicos y acceden a la “nube”, es decir, a bases de datos y a *software* a los cuales se accede a través de internet.



Así, esas nuevas ofertas inmobiliarias, con sus áreas de 30 metros cuadrados o menos, son suficientes para un joven profesional nómada: vivienda transitoria, ligero de equipaje, relaciones sociales fluidas. Y los apartamentos con áreas de 35, 38, 40 o 42 metros cuadrados, destinados a grupos familiares, cuyo tamaño oscila entre 3 y 4 personas, también nos recuerda a las “familias” errantes de la prehistoria: grupos familiares pequeños con bajas tasas de natalidad, sin mucho equipaje y fácil movilidad por el territorio.

Por lo anterior, es posible reconocer que los estilos de vida contemporáneos, que nos parecen tan novedosos, evocan las tendencias de las sociedades prehistóricas. Claro, el contexto es distinto. Ya no vamos tras los restos de grandes animales que nos resuelvan nuestro problema alimentario, ni en busca de abrigos rocosos que nos brinden refugio; tampoco recorreremos grandes distancias a pie. Añoramos movernos por el mundo en avión, hospedarnos en pequeños apartamentos y trabajar en sitios de *coworking*, cada vez más populares, en las grandes ciudades. Así, esos hombres y mujeres de las cavernas siguen latiendo en los pliegues de las personas que habitamos una ciudad como Bogotá. Por ello cuando miro los nuevos edificios y experimento la reducción de los espacios habitacionales, me siento más unido a esas sociedades prehistóricas y reconozco que, en verdad, son nuestros parientes, más cercanos de lo que imaginamos.



# Mi nombre era Bacatá

**Francisco Moncada Peña**

Profesor del Departamento de Humanidades e Idiomas  
Literato y especialista en Docencia Universitaria

Permítame presentarme: mi nombre es Bogotá. Así, a secas. Claro que para darme ínfulas me apellidan Distrito Capital. Así hacen que me respeten y yo me sienta muy importante. Bogotá no ha sido mi único nombre. A lo largo de mi vida he sido Bacatá, Villa de los Alcázares, Nuestra Señora de la Esperanza, Santafé, Santafé de Bogotá...

Digamos que el nombre Bacatá, que quiere decir labranza o sitio para sembrar, viene de aquella época en que era soltera, libre como colibrí y feliz como el cóndor en las alturas. Yo era un apacible rincón natural, ajena a la historia y sus vaivenes, luchas y ambiciones que se tejían en el mundo que desconocía, pero que algún día iba a llegar e iba a torcer para siempre mi ser y la historia y las vidas de quienes habitaban en mis apacibles predios.

¡Y llegó! Ese mundo que desconocíamos los hombres que me habitaban y yo, llegó montado en una bestia desconocida y feroz. Después supimos que la bestia se llamaba caballo y que era hermoso y plácido y leal, fuerte y veloz, y que lo único feroz que tenía era quien lo montaba.

Fue en la época de la luna llena y del sol abrasador. A ella le llamábamos Chía, y era nuestra diosa del amor y los acuerdos; y a él lo llamábamos Sue, y lo amábamos porque era el señor que nos dotaba de energía y vida. En los días previos nada presagiaba que nuestra vida apacible y sosegada como nuestros ríos que bajaban de las montañas se iba a convertir en un huracán eterno e infinito, como un castigo perpetuo. Los generosos hombres y mujeres que me habitaban habían terminado de recoger la cosecha, como siempre generosa, y se disponían a celebrar con todos

los dioses las fiestas periódicas con bailes y mucha chicha. La vida era holgada, sencilla, nítida. Parodiando a un poeta que pasó por aquí siglos después, éramos tan fértiles, tan fértiles como en abril el campo que tiembla de pasión, bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias. Nuestra alma y nuestra vida estaban brotando florestas de ilusión.

Aquellos hombres del mundo desconocido llegaron de formas diferentes. Uno fue muy especial porque hablaba de Dios, de su Dios y de nuestros pecados. Otro era poeta y escribía con pasión y cuidado todo lo que veía y oía. Según recuerdo, le llamaban Poeta y su nombre era Juan de Castellanos. Muchos días después, les leía a los niños en las tardes las cosas que escribía y a todos, a pesar del terror y lo desconocido de su lengua, les parecía sonoro y bello. Otros **paseaban** vestidos con ropa que reflejaba el sol y una vasija en la cabeza, muy diferente de los sombreros coloridos de plumas que fabricaba nuestra gente. Todas aquellas formas atemorizaban.

El mayor de ellos, que montaba el caballo más grande, durante buen tiempo miraba con inquietud de un lado a otro, se dirigía al paisaje, luego a la población temerosa, luego a sus soldados, luego al poeta, que observaba con una sonrisa a los más pequeños y les enseñaba una cruz que colgaba de un delgado lazo. Otro tanto hizo un sacerdote de apellido De Las Casas, pero a las mujeres. De pronto su estruendosa voz tronó y viajó hasta mis montañas y regresó más limpia y más tenue. Su lengua era extraña, dura, brusca, muy diferente de la que había escuchado siempre, que cantaba como las lluvias de abril. Los soldados suyos asentían con la cabeza y mis criaturas también; apenas abríamos la boca con desconcierto e incertidumbre. Con el transcurrir de los días, esa extraña y brusca lengua sería nuestra y con ella nuestro pueblo conocería su Dios y la idea del mal y del pecado, y los nombres de quienes habían llegado a sembrar una nueva etapa de sus vidas, etapa plena de horror y sufrimiento.

El señor del caballo más grande se llamó a sí mismo Gonzalo Jiménez de Quesada. En la cima de su caballo parecía estar

creando en su interior las coordenadas del futuro de mis habitantes de siempre mediante las primeras líneas de una novela que años después iba escribir don José Eustasio Rivera: “Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar, y me lo ganó la violencia.”

Don Gonzalo descendió de su caballo y dirigió unas palabras al fraile y al poeta y luego a sus soldados. Puso una rodilla en tierra y cerró los ojos durante unos minutos; alzó su mirada al cielo, desenvainó su arma y la enterró con fuerza y furia en mi cuerpo todavía joven, hermoso y virgen. Cuerpo en el que no había penetrado ninguna clase de violencia. Muchos años después yo entendería que ese fue el instante preciso en el que mis criaturas y yo dejamos de ser nosotros para convertirnos en otros, en vasallos o súbditos de un reino distante y distinto, con otros dioses y otra lengua y otras pasiones, y yo dejaba de ser la apacible y sosegada Bacatá y me convertía en Nuestra Señora de la Esperanza.

Don Gonzalo se levantó e hizo llamar a nuestro cacique, quien se encontraba en el río Yuma, hoy río Magdalena, comprando algodón y oro, materiales con los que mi gente tejía sus trajes y elaboraba adornos para los bohíos. Lo esperó con impaciencia, recibió nuestra comida y bebida y observó con atención e interés los bohíos y sus adornos que, colgados de las puertas y ventanas, emitían una bella música en las horas de la tarde en que el viento entraba por el cercado. Esos adornos fueron la chispa que desató su locura y la de sus hombres. Él arrancaba cada objeto, lo miraba con sagrada atención, lo limpiaba con mesura, lo mordía como a un delicioso manjar, lo volvía a mirar por todo lado, arrancaba otro y otro, cada vez con un frenesí mayor. Otro tanto hacían sus hombres después de atropellar a las mujeres jóvenes de nuestro mundo, o de recuperarse de sus estómagos estragados por la chicha y nuestra comida. La locura y el miedo habían llegado para quedarse en mi ser.

La locura de don Gonzalo y sus hombres se desbordó cuando supieron de nuestras lagunas sagradas, en donde se celebraban





los rituales de entronización del nuevo cacique, quien era bañado en oro y sumergido en las aguas frías para su purificación. La locura les hizo pensar que vivíamos sentados sobre una enorme e infinita mina de oro y esmeraldas y que habíamos escondido todo tipo de riquezas cuando supimos de su llegada. Cada día que pasaba, la impaciencia corroía a don Gonzalo.

Después de mucha impaciencia, nuestro cacique arribó una tarde lluviosa con todos sus hijos y montones de algodón, oro y pescado, que sólo preparaban en ocasiones especiales. Insisto en que el pescado era ocasional, pues en la vida cotidiana, los conejos y los venados gustaban más y estaban más a la mano para degustar con el maíz del que hacían harina y palomitas, y algunas hierbas que sembraban las abuelas en cada cercado. El regreso del cacique, que en esas ocasiones era motivo de bailes jubilosos, en esos días aciagos fue de tensa tristeza. De todos los cercados brotaba un silencio de presagios infaustos, y en cada ventisca, en cada sombra escrita por las ramas de los árboles, en cada canto de aves negras creían oír y entender que la vida que conocían y habían disfrutado desde siempre, estaba por extinguirse, o por lo menos iba a sufrir un cambio tan brusco que borraría gran parte de sus tradiciones y su alma creada desde tiempos perdidos en el tiempo.

Don Gonzalo, quien se había ido de excursión esa tarde por la sabana para conocer lagos y pantanos y cazar uno que otro conejo y perseguir venados, regresó tan pronto supo que el cacique había arribado cargado de oro. El cacique, enterado de tan especial acontecimiento, lo esperaba degustando unas papas asadas acompañadas de largos sorbos de chicha. Sus sacerdotes consejeros ya le habían informado de las altivas formas y lengua desconocida de los recién llegados, de sus apretadas prendas, sus lustrosas armas y extraordinarios animales. Nada de ello lo alteró, salvo el sumo interés de ellos por el oro que, para sus hijos, mis habitantes, no era más que un noble y musical objeto decorativo, y percibió que quizá los desconocidos sabían que aquellas pequeñas bolitas brillantes como Sue y convertidas en

láminas musicales o adornos para la nariz o el pecho, poseían un espíritu que podría brindar atributos especiales que él y su pueblo desconocían.

Don Gonzalo, altanero y frío, no se presentó ni saludó al cacique. Irrumpió en su espacio como lo había hecho conmigo, sin permiso, sin aquiescencia. Con ayuda del poeta y del padre De las Casas, quienes ya habían aprendido algunas palabras de nuestra lengua, explicaba que en nombre de Dios de los cielos y de su señor, el emperador Carlos V, tomaba posesión de aquellas tierras y de todo lo que en ella hubiera, lo que estaba sobre la tierra y encima y debajo della. Cada vez que expresaba algo en su lengua áspera apretaba su espada y miraba al poeta con desapacible expresión y al cacique con tosca mueca. Nuestro cacique respondía que no entendía nada, que las tierras eran de la comunidad, que nadie podía disponer de ellas porque habían sido un regalo de los dioses que habitaban cada rincón, cada planta, cada cerro, cada ave, cada estrella, y que en estas tierras no había reinas sino caciques que gobernaban en función de sus protegidos. Al escuchar la traducción de lo dicho por nuestro cacique, hecha por don Juan de Castellanos, don Gonzalo entró en furia y lo golpeó con todo el peso de su energía y de su rabia; el anciano cayó al piso. Los jóvenes indígenas quisieron reaccionar, levantar y defender a su líder, pero las armas de la tropa de don Gonzalo alzaron vuelo y apuntaron con rapidez y soberbia, y todo volvió a esa calma pesada que se estaba viviendo.

El siguiente paso de don Gonzalo fue más violento, más febril. Preguntó con gritos feroces al cacique por los tesoros escondidos. Éste, temeroso, no respondió enseguida. Miró a don Gonzalo con sincero desconcierto; miró a las mujeres, a los sacerdotes y a sus soldados con intenso dolor, con profunda pena y con solitaria impotencia. Finalmente, dijo que no había tal tesoro, que los muiscas no atesoraban sino la vida que la tierra, Bacatá, les concedía. Esta respuesta enloqueció aún más a don Gonzalo. Fuera de sí atacó con patadas, puños y golpes





de espada al honorable anciano. Éste yacía en tierra, y sangraba por nariz y boca, y por las múltiples heridas a lo largo de su lacerado cuerpo, mientras hacía esfuerzos inútiles para levantarse. Luego don Gonzalo, agotado y dolido por su fracaso, ordenó a sus soldados que amarraran al cacique a un árbol, lo dejaran allí al sol y al agua y a las penurias de la noche, sin alimento, hasta que confesara el lugar del tesoro escondido, El Dorado, del que le hablaban sin parar en Santa Marta, y **por lo que el gobernador organizó la expedición al interior y lo envió como jefe de la misión.** Mi pueblo, desconcertado, lloraba, impotente y sin esperanza: algunos trataban de convencer al padre De Las Casas para que sirviera de intermediario entre el pueblo y don Gonzalo, pero éste, imperturbable, los miraba con desprecio y una sonrisa déspota asomaba en sus labios.

Fueron tres días de agonía y tortura. El cacique murió en silencio una madrugada fría y desolada. Yo lloré en su honor y cubrí su poblado con una llovizna terca y una tenue neblina triste por más de una semana. Mi llanto tuvo razones de sobra: la muerte violenta, arbitraria y absurda del cacique; y con él, el presagio de que llegaba el final de un mundo en el que no existía el miedo a los dioses ni a la vida, como tampoco existía la crueldad entre las criaturas que habían construido su vida y sus creencias sobre mis praderas y mis cerros, y se alimentaban de ellas y de sus ríos cristalinos; y el consecuente alumbramiento de otro mundo con sus propias costumbres y creencias, del cual formaban parte las criaturas que habían llegado con don Gonzalo.

Mientras cesaba la lluvia, el poeta anotaba con una pluma de chulo todo lo que veía a su alrededor y más allá. Muchos años después, supe que él había escrito un extenso poema en el que narraba las épicas jornadas de don Gonzalo y sus hombres atravesando con valor la adusta selva a lo largo del gran río hasta llegar a las inagotables sabanas de mi cuerpo. Mientras tanto, el sacerdote De Las Casas trataba con esfuerzo y tesón de enseñar a los niños y a los jóvenes que los dioses en los que ellos creían

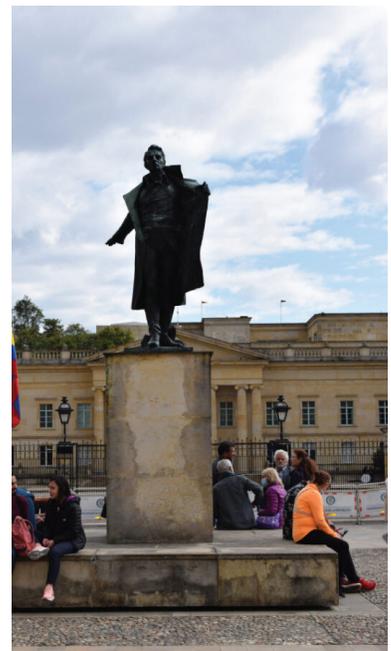
no existían; que era malo y pecado creer en ellos; que el verdadero Dios estaba en el cielo y castigaba el **creer** en otros dioses que eran falsos. Y don Gonzalo organizaba fracasadas expediciones a las lagunas sagradas cercanas y distantes con el pérfido sueño de encontrar todos los tesoros.

Cuando apareció el sol hubo una nueva conmoción. Desde distintos puntos de mi cuerpo, con días de distancia, aparecieron otros hombres a caballo. Uno venía de las tierras cercanas al Inca, otro llegaba de los llanos y de otro majestuoso río que las criaturas de allí llamaban Orinoco. El señor que venía de las tierras del Inca traía muchos hombres armados de lanzas y espadas y un animal desconocido que en su lengua llamaban cerdos o marranos; y el señor del Orinoco, que tenía unos extraños ojos semejantes a mis plácidas llanuras, traía unas aves que ellos cocinaban y consumían con deleite. Los recién llegados discutieron a gritos con don Gonzalo y al parecer no llegaron a ningún acuerdo porque sus semblantes siguieron siendo adustos y desconfiados.

La vida con aquellas criaturas enloquecidas se normalizó aún más cuando don Gonzalo ordenó construir una choza en la que el padre De las Casas iba a officiar la misa sagrada de la fundación. Y lo dijo con estas altaneras palabras: “Allí se dará la primera misa para celebrar el nacimiento de una nueva tierra dulce y pródiga para Dios, para nuestro señor, el muy devoto emperador Carlos V, y para salvar esta recua de pecadores que han vivido hasta hoy sin Dios ni ley”.

De aquella época sólo nos quedaron, a mí y a mis criaturas, una fría nostalgia, un cortante dolor inexpresado, un grito sin ruido por la pérdida de un pasado feliz que se desgajaba sin aviso previo, y el miedo profundo de un futuro incierto. Y yo, en mi acostumbrado silencio, estaría presta a recibir nuevos hijos variopintos como los que fueron naciendo a lo largo de los tiempos ulteriores, unos arrogantes o impulsivos o aventureros, y otros cercenados de espíritu o bañados por un frenesí sin fin.

Qué más puedo decir: de aquella arcadia solo quedó la nostalgia, el silencio y mucha ira en el corazón.



# Fobotá

**Miguel Ángel Rincón Corredor**

Profesor del Departamento de Humanidades e Idiomas  
Filósofo y magíster en Filosofía

Fotografías cortesía del autor

*[...] y Ares entonces dejó que sus manos cayeran  
y, golpeando sus muslos robustos, repuso gimiendo:  
—No os airéis contra mí los que estáis en mansiones olímpicas  
si a las naves aqueas me voy a vengar a mi hijo,  
aunque sea mi suerte que el rayo de Zeus me quebrante  
y entre el polvo y la sangre me deje con todos los muertos.  
Dijo así, y ordenó que el Terror y la Fuga enjaezaran  
sus caballos, en tanto él vestía sus armas brillantes.*  
**Íliada, Canto XV, vv. 115-120**

Sería impreciso decir que los habitantes de Bogotá, especialmente los rolos y, aún más, los cachacos, estamos sufriendo de miedo debido a que la ciudad presenta en este momento un alto grado de violencia y de criminalidad. Lo cierto es que Bogotá, desde sus más remotos inicios, fue consagrada al Terror y está poseída por éste. Así es; varios siglos antes de que causara pavor comer en un restaurante o sacar el celular en la calle, estas tierras andinas fueron ofrecidas al Terror que permitió su conquista. Y el Terror nunca se fue.

\* \* \*



Para la década de 1530, tras más de treinta años de incursiones exploratorias y de conquista, los informes de los adelantados y capitanes españoles que habían realizado excursiones por las islas del Caribe y las costas del Nuevo Mundo dejaban algo claro sobre este territorio: la tierra era vasta y próspera; la geografía, rica y hostil; la fauna, bella e indómita; los aborígenes, salvajes y muy diversos entre sí. Es decir, había mucho de qué cuidarse, pero mucho más por descubrir. Por ello, en abril de 1536, el licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, bajo instrucciones del gobernador de Santa Marta, don Pedro Fernández de Lugo, quien le profesaba mucha confianza, lideró una expedición que partió de Santa Marta y que debía seguir el cauce del río de la Magdalena para llegar a su nacimiento, el cual se creía que estaba no muy lejos, sobre el mar del Sur, en el Perú, tierra de esmeraldas ya conquistada por Pizarro.

La travesía de Jiménez de Quesada y sus hombres no fue nada fácil. Las vicisitudes del viaje tuvieron consecuencias terribles para los españoles y los indígenas y animales que los acompañaban; se enfrentaron a varios grupos de indígenas caribes —belicosos e incluso caníbales, según afirmó la hueste conquistadora—, sufrieron ataques de fieras, padecieron las inclemencias del clima, lidiaron con enfermedades y afrontaron el acoso de una hambruna casi insoportable. Los meses pasaban, las penurias continuaban, pero la tierra inca de las esmeraldas no se asomaba por el horizonte. Presionado por los avatares acaecidos durante el trayecto y motivado por las señales que indicaban la presencia de pueblos más desarrollados que cuantos se habían topado hasta el momento, Jiménez de Quesada decidió desviar el curso de la expedición y en lugar de continuar por orillas del Magdalena, la dirigió hacia el altiplano. Finalmente, después de once meses, de casi 800 hombres que habían partido de Santa Marta sólo sobrevivieron cerca de 170 que arribaron a territorio muisca, al norte de Vélez.

Gonzalo Jiménez de Quesada, en palabras de Fernández de Lugo, era un “hombre despierto y de agudo ingenio, no menos





apto para las armas que para las letras”, características que le servirían para lograr el control de los muiscas, pues para establecer alianzas con estos debía demostrar la superioridad europea y vencer a las tribus enemigas de los pueblos obedientes al zipa y al zaque. Sin embargo, aunque los muiscas no tenían un carácter tan violento como el de los caribes con los que los españoles se habían enfrentado previamente, dominar a los indígenas andinos no parecía una tarea fácil, pues éstos eran muy numerosos, mientras que los hombres, fuerzas y ánimos españoles se hallaban hartos menguados.

Fue en estas circunstancias en que una noche de mayo de 1537, Gonzalo Jiménez de Quesada se encontraba elucubrando junto a sus capitanes sobre cómo proceder, pues sostuvo que necesitaban o bien que se ralentizara el tiempo o bien que se presentara un milagro. Llevados por el desasosiego, su hermano Hernán Pérez de Quesada y Juan de Céspedes le propusieron algo no muy cristiano. Juan de Céspedes, quien había luchado en la guerra de las Comunidades de Castilla, era conocedor de un ritual muy antiguo, el cual consistía en la invocación al dios del miedo para que hiciese huir a los enemigos durante la batalla; así que cuestionó por qué no llevarlo a cabo.

—¡No necesito escuchar cuentos impíos; solicito estrategias militares concretas en lugar blasfemias! Dijo Jiménez de Quesada, mientras miraba con incredulidad y una expresión de fastidio a Juan de Céspedes.

Hernán le rogó a su hermano mayor que escuchase a Juan, que él ya lo había hecho y estaba convencido de la realidad de sus relatos. Jiménez de Quesada asintió y De Céspedes prosiguió:

—Un capitán que conocí en 1521 en Castilla, durante la guerra contra los comuneros, de quien no diré su nombre porque así me hizo jurarlo, prefería el pensamiento clásico antes que las armas, lo cual resulta curioso si nos atenemos a sus resultados en batalla. Bueno, él me contó que cuando niño había leído a Plutarco y que el filósofo e historiador griego había escrito que

el mismísimo Alejandro Magno celebraba ritos a Φόβος –Fobos, el dios griego del terror– y que gracias a ello el gran Alejandro había derrotado a Darío en la memorable batalla de Gaugamela. En un principio no lo tomé en serio, así como ahora vuestra merced tampoco lo hace conmigo, mi señor Gonzalo; pero que mi escepticismo se tornó en fe. Frente a las dudas que mostré al capitán, aquel me llevó a su tienda y sacó de un baúl con candado unos libros de apariencia antigua: la *Iliada*, la *Teogonía*, *Los siete contra Tebas* y las *Posthoméricas*. Yo, aunque a diferencia de él, prefiero las armas al pensamiento clásico, tampoco carezco de educación y conocía tales libros, exceptuando el último. Le hice saber que sabía de qué iban, pero que no eran más que literatura. Acto seguido, con una expresión de triunfo en el rostro, el capitán sacó otros dos libros: *Vidas paralelas* y *Los papiros griegos de magia*. “En el primero se narra la historia de Alejandro, en el segundo se explica la magia del terror”, me dijo. Y teniéndome en tan buen concepto por mi familia y mis acciones en el campo de batalla, me dejó leerlos, siempre y cuando lo hiciese en su tienda.

—¿Y qué tienen que ver vuestras lecturas con nuestra acuciante situación? —preguntó don Gonzalo.

—Así es como, leyendo tan antiguos libros, aprendí que Ares se presenta a la guerra acompañado por su hermana Enio, la destructora de ciudades, y por sus hijos Fobos y Deimos. Fobos es el hijo de Ares y de Afrodita, un fruto de la guerra y la belleza; es la personificación del miedo mismo, por lo que hace presencia antes de cada batalla sembrando el temor en los guerreros, haciéndolos huir presas del pánico. También supe que fieros guerreros como Agamenón y Heracles portaban escudos con representaciones de Fobos y que había quienes lo habían venerado y le habían ofrecido sacrificios para calmar su sed de sangre, solicitando favores a cambio, como fue el caso de Alejandro Magno.

Luego de un minuto de silencio, De Céspedes retomó la palabra, como pensando en voz alta:





—Me entretuvo la lectura de esas obras clásicas; los griegos y los romanos no sólo escribían muy bien, ¡sentaron las bases de la civilización! Pero sus dioses eran puros mitos o a lo sumo representaciones de la naturaleza y de la humanidad. . . Por lo menos, eso creía yo, hasta que un día, en medio de una ardua batalla en la que los comuneros se vaticinaban como claros vencedores, el capitán se escabulló, volviendo al rato con sangre en las manos y ojos desorbitados; no obstante, se hallaba totalmente lúcido y, desbordando una seguridad de hierro, presentó una estrategia insólita, la cual, aunque lógica, era muy arriesgada. Ese día triunfamos. Por la noche me presenté a la carpa del capitán para reconocer su audacia y fiereza, a lo que él, frente a mis elogios, respondió: Toda la gloria es para Dios, nuestro Señor; pero he de reconocer que la victoria de hoy es para Fobos, señor del terror.

Gonzalo Jiménez de Quesada no quedó convencido del todo, aunque recordó haber escuchado algo similar durante su reciente y breve estancia en los tercios españoles en Italia; eso, sumado a la seguridad de las palabras de Juan de Céspedes y a la insistencia de su hermano Hernán, le llevó a pensar que era mejor tener una remota posibilidad a no tener ninguna. Por ello, no es de extrañar que cuando los españoles estaban en Suesca, Jiménez de Quesada llevase a juicio a un soldado acusado de robarle dos mantas a los muiscas. Se trataba de Juan Gordo, quien fue declarado culpable y condenado a muerte. ¿Qué podía perder? La posibilidad de generar confianza en los indígenas era superior a la falta que le representaría un simple soldado. Pero tal acción implicaba algo muy superior a una mera conveniencia estratégica. Juan de Céspedes y Hernán Pérez de Quesada estaban en lo cierto; Gordo se convirtió en el primer sacrificio a Fobos en el Nuevo Mundo y desde ese momento los muiscas empezaron a sentir temor de los españoles. Hernán Pérez de Quesada y Juan de Céspedes continuaron sus sacrificios previos a las batallas y obtuvieron respuestas; participaron en la muerte del zipa Tisquesusa y de otros caciques como Tundama; conquistaron a los

panches en la batalla de Tocarema, sometieron gran cantidad de tribus, fundaron ciudades y gobernaron estas tierras.

Gonzalo Jiménez de Quesada llevó a cabo una ceremonia el 6 de agosto de 1538 en la que fundó Nuestra Señora de la Esperanza y él mismo, el 22 de abril de 1539, realizó la fundación jurídica de Santafé. Jiménez de Quesada fue muy devoto el resto de su vida, así como siempre lo había sido, y todas sus acciones las consagraba a Dios y a su Majestad; sin embargo, Hernán Pérez de Quesada y Juan de Céspedes, quienes también participaron de las fundaciones de Bogotá, fueron más violentos y ambiciosos que el licenciado Jiménez de Quesada, por lo que Fobos les empezó a reclamar ofrendas más considerables. Recordemos que, como consta en el epígrafe, Ares, llevado por el dolor, retó a Zeus y a su rayo. Esas afrentas son normales entre olímpicos, pero no quedan sin consecuencias para aquellos humanos que se involucran con lo divino. De Céspedes se salvó de morir por un rayo que cayó en su casa; así que, para limpiar su alma, se olvidó de la guerra y en ese lugar construyó la Iglesia de Santa Bárbara como símbolo de agradecimiento. Hernán Pérez de Quesada no fue tan afortunado; cuando estaba en un barco camino a Cartagena, en el navío cayó un rayo que acabó con su vida. No se puede invocar a los dioses, recibir sus favores y olvidarse del asunto; no es posible invocar Terror y vivir sin temor alguno.

\* \* \*





Bogotá fue conquistada gracias al Terror y fundada gracias al Terror; y la muerte de sus fundadores no significó la muerte de la deidad a la que se consagró. Los tiempos de los dioses son otros, para los eternos todo pasa más despacio; pero de cuando en cuando Fobos reclama sangre y al sentir sed la sacia en ésta, su ciudad, Fobotá. No importa si todo empieza con el pedido en préstamo de un florero, un asesinato o una amenaza de extradición; la sangre debe correr para que Fobos se alimente. El Terror transforma una revuelta en Independencia, un asesinato en un Bogotazo, un agravio en una masacre, unos resultados electorales en el nacimiento de una guerrilla, una toma en una retoma, una amenaza jurídica en una ola terrorista... En fin, el Terror no lo trajeron Morillo o Escobar; el Terror es una deidad que desde el siglo XVI vive aquí. Tampoco hay que olvidar que los dioses son poderosos, sin importar que no estén realizando acción alguna. Aunque Fobos se encuentre descansando y no pida tributo alguno, su presencia permanece; Fobos está en Bogotá, Bogotá es suya; por lo tanto, esta ciudad es Fobotá.

Ahora bien, los rituales se actualizan y los sacrificios toman tintes modernos; ya no hacemos danzas sagradas ni llevamos a cabo hecatombes, Fobos se manifiesta mediante los movimientos rápidos con miradas constantes hacia atrás cargadas de desconfianza, a través de los bolsos apretados contra el pecho, cuando las billeteras se palpan continuamente para asegurarse de que no hayan desaparecido, por medio de los morrales que van al frente, en los celulares que se esconden en las partes íntimas del cuerpo... Así mismo, toma sus dosis de sangre cotidiana cuando ésta brota por intolerancia o por atracos, por el resultado de un partido de fútbol, por un incidente de tráfico o por un simple madrazo.

Los bogotanos hemos sido consagrados a Fobos; vivimos con temor a todo; queremos huir, pero nos inmovilizamos; sufrimos de una permanente fobia a nuestra ciudad y a nuestros conciudadanos; vivimos con miedo y no dejamos perecer al

Terror, pues lo invocamos y mantenemos vigente cada vez que vemos una sombra y abrazamos nuestras pertenencias o nos cambiamos de andén; vivimos en Fobotá. Sin embargo, Fobos no sólo es hijo de la guerra, también lo es de la belleza; Bogotá es hermosa, aunque nos mantenga temerosos. Además, al ser consagrados a Fobos, no podemos sacarlo de nosotros así nos marchemos a otro lugar; el temor y la desconfianza siguen con nosotros, aunque no haya peligro alguno —un fobotano se reconoce en una metrópoli europea porque su desconfianza y temor lo cubren con un aura de manifiesta intranquilidad y latente expectativa de violencia—. Eso explica por qué no abandonamos nuestra amada ciudad y nos sentimos de cierta manera atados a ella: porque acá el temor inherente que habita en nosotros y del que no nos podemos desprender adquiere un manto de belleza; porque acá nos reconciliamos con nuestros temores e incluso llegamos a rérnos cotidianamente de la inseguridad.

No es posible huir del temor; o se es vencido por él o se le vence enfrentándolo. Nosotros, fobotanos consagrados al Terror, no podemos huir de nuestra propia naturaleza ni podemos vencer nuestra esencia. No tenemos posibilidad alguna; por ello nos hemos reconciliado con nuestro Terror fundamental, y aunque vivimos temerosos, hemos sabido hallar el placer y la belleza en medio de nuestra fóbica ciudad.



# Ritmos y recorridos de la ciudad

**Milena Mosquera Mejía**

Profesora del Departamento de Humanidades e Idiomas

Comunicadora social y magíster en Didáctica de la Enseñanza del Inglés

Fotografías cortesía de la autora

La ciudad se mueve a ritmos diferentes. La agresividad y el desorden del tráfico y del ritmo citadino, y la actitud de algunos transeúntes, ocupan el lugar por donde avanzamos, y se siente el agite y el afán de una ciudad congestionada que anda a paso rápido porque nunca alcanza el tiempo; sin embargo, nuestro caminar es lento y pausado. Los instantes, la gente, las edificaciones y el paisaje quedan capturados en la imagen, pero las historias fluyen en las narrativas de los caminantes que comparten sus experiencias o callan. Cada uno ve desde su perspectiva y desde su vivencia. Allí nos integramos mi compañero de recorrido y yo; en cada parada cada uno ve algo diferente y lee la ciudad de manera distinta. Él, desde su ojo atravesado por el pasado, va contando anécdotas y soltando datos; y yo, desde la imagen, describo instantes y cuento las realidades que la cámara capta y guarda aquello que tengo frente al lente.

La ciudad de la que hablo es Bogotá. El Distrito Capital. El “centro” de Colombia, en el que se toman las decisiones más importantes sobre el destino del país, para pesar de algunos. “La nevera” para muchos, el punto de encuentro y oportunidades para otros, pues se supone que Bogotá les da la bienvenida a todos. Esta es la ciudad que decidimos andar. Escogimos ciertos espacios que nos parecieron relevantes por nuestra relación con ellos; por eso fuimos al centro, a Chapinero y a Usaquén. La idea de recorrer Bogotá surge porque muchos de nuestros estudiantes no son de aquí y conocen muy poco de ella. Otros sí han nacido en

Bogotá, pero tampoco se han dado la oportunidad de recorrerla y conocerla más allá de los lugares que les resultan frecuentes. De esta manera nos ponemos en marcha con cámara en mano para arrancar el recorrido del centro hacia el norte.

Nuestro ritmo pareciera salir del contexto en el que estamos. La historia que se cuenta atraviesa el tiempo pues venimos cargados de recuerdos y vivencias particulares. De pasos en los mismos lugares, dados en épocas diversas.

El hecho de caminar con un propósito, pero sin destino fijo también tiene su encanto; sorprende y permite perderse y dejarse llevar por los escenarios. A veces, nos topamos con lugares y personas mágicas que nos abren la puerta y nos cuentan sobre sus propias miradas del tiempo, de experiencias e incluso supervivencias de momentos difíciles. Otros no hablan, pero en sus rostros se puede leer lo que implica vivir en una ciudad como Bogotá; su mirada distante y su tono seco reflejan lo fría y tenue que es. Como dije antes, existe la idea de que les da la bienvenida a todos, pero en muchos rincones se encuentran muestras de que no es tan cierto; que para algunas personas no ha sido una bienvenida sino una lucha sin fin que ha desgastado el intento e incluso ha hecho perder la esperanza.





Esos contrastes están por todas partes. La arquitectura con sus construcciones antiguas y modernas en una misma cuadra, las calles angostas y hasta solitarias que se encuentran con avenidas atestadas; un carro viejo y medio destartado esperando el cambio de la luz del semáforo al lado de un auto lujoso último modelo; gente mayor que sigue habitando sus tradicionales viviendas mezclados con los jóvenes oficinistas de los altos edificios empresariales; espacios grises al lado de muros grafitados multicolor. Todo eso, y claro que mucho más, es Bogotá, de la que se dice que está 2600 metros más cerca de las estrellas; aunque muchas veces no se ven por las nubes grises que las tapan o por la polución que cubre la ciudad. Bogotá está llena de gente de aquí y de allá; unos la quieren y otros no, sólo la habitan o visitan por necesidad. Es una ciudad que brinda posibilidades y al mismo tiempo las niega.

Los parisinos, según Walter Benjamin, hacen de París un interior, algo así como una vivienda cuyas habitaciones resultan en barrios, que no están completamente definidos por umbrales como verdaderos cuartos, y de este modo la ciudad puede abrirse también alrededor de quien la transite como paisaje sin umbrales (Flâneur, *El libro de los pasajes*). Para mí, Bogotá resulta ser más un mercado abierto con sus vendedores ambulantes que ofrecen todo tipo de productos en los andenes o incluso en las calles muy transitadas, donde fácilmente se forman trancones; los vendedores llevan al carro variados objetos decorativos o de limpieza, alimentos empaquetados o frutas de temporada; o posiblemente le limpien el vidrio del carro si está sucio o medianamente empolvado. Así es Bogotá: viva, atenta, inquieta e incluso miedosa. Una ciudad que se silencia de noche, pero que no para, el movimiento sigue en las sombras y en las luces bajas; en las rudas de los domiciliarios y los taxistas. En los turnos nocturnos de muchos empleados.

El ambiente se siente denso en los puntos en que los transeúntes no son tan amables, claro que la contaminación y

la congestión no ayudan, tampoco el hecho de que andamos prevenidos abrazando nuestras pertenencias por miedo a que nos sean robadas. Esta es, por supuesto, una visión personal; la fotografía muestra mi experiencia y vivencias propias; nadie podría ver con los ojos con que yo la veo y jamás podría verla con los ojos de alguien más, así veamos al mismo punto, así la imagen parezca ser la misma.

Esta es la ciudad que me acompañó a crecer y la que me ha permitido recorrerla de muchas maneras. Nací aquí, y no la conozco en su totalidad; de hecho, debo conocer algo como el 50 % de ella. Por mucho tiempo viví en la misma casa, en un barrio residencial tranquilo en donde todos los vecinos se conocían, ya que varios de ellos compartían la profesión de mi papá. Un barrio que hoy está localizado entre la calle 116 y la 120 y entre la avenida Suba y la avenida Boyacá. Mis padres cuentan que cuando compraron la casa era difícil conseguir taxis que los llevaran y, los buses pasaban algo lejos. Hoy es un barrio más, y por supuesto la ciudad ha crecido tanto que lo que era lejos hace 50 años es como hablar hoy de Chía o Cota (pueblos a los que se puede llegar saliendo por el norte o el noroccidente). Como decía, nací y crecí en aquella casa y mi vida se desarrolló allí porque incluso el colegio al que asistía con mi hermana quedaba cerca e íbamos a pie. A los once años empecé a ver otras cosas porque nos cambiaron de colegio y ese quedaba en la carrera Séptima con ciento sesenta y algo, lo que nos representaba ir en bus escolar y atravesar la ciudad de occidente a oriente (occidente desde mi corta visión de la ciudad); en realidad, ella se extendía mucho más al occidente de lo que yo podía imaginarme. Luego entré a la universidad y allí se abrió otra parte de la ciudad que era desconocida. El recorrido en “buseta” o “ejecutivo”, medios de transporte de mi época, simplemente buses urbanos, me fue mostrando realidades que me resultaban nuevas y en ocasiones chocantes. Ver habitantes de calle, recorrer barrios con otro tipo de estructuras y épocas de construcción, me fue modificando el



panorama. Varios de los trabajos que debíamos hacer nos invitaban a recorrer lugares de la ciudad que no eran familiares para nosotros; prácticas sociales y culturales nos llevaban a barrios de todo tipo; en algunas oportunidades me resultó antipático, pero hoy agradezco haber conocido esos espacios y situaciones. Tuve mis primeros encuentros con asaltadores, mis primeros miedos de atravesar tal o cual callejón y de ver de frente la miseria que también habita la ciudad. Aprendí de esa realidad, que igual sigue cambiando y mutando a medida que la ciudad continúa expandiéndose. Me alegra no ser ciega ante ella y haber convivido y aprendido a navegarla, incluso a perder el miedo que inicialmente sentía de llegar a lugares desconocidos. Hoy los revisito y los recuerdo con algo de nostalgia, cariño e incluso sorpresa por cambios inesperados.

En estos años he visto pasar trolebuses, buses amarillos, las ya mencionadas busetas, ejecutivos, el Transmilenio y su sistema integrado de transporte y quién sabe si logre ver el tan estudiado metro. He visto cambiar la carrea Séptima de una vía vehicular a un paseo peatonal hacia el centro. Vi la ampliación de la avenida Boyacá desde la calle 116 hasta la calle 170 y pronto hasta la 183; también los cambios que ha tenido la Caracas con cada nuevo sistema de transporte público. Incluso he sentido escalofrío al ver los huecos que han ido quedando con las demoliciones para la “construcción del metro”.



Es así como caminar por sus calles y recorrerla a pie es hacer un viaje al pasado y ver cómo se ha ido modificando con los años.

En mi época de estudiante ni siquiera era consciente de la división de Bogotá. El tema de las localidades no me interesaba en absoluto. Fue cuando empecé a trabajar en cierta institución educativa, en la que tenía que visitar colegios de muchas zonas diferentes, que vi la importancia de saber a qué localidad pertenecía cada uno.

El tema de la ubicación era diferente pues quien medio conozca Bogotá sabe que es una ciudad numerada y “organizada” en calles que van de oriente a occidente y carreras que van de sur a norte; en ambos casos la numeración es ascendente desde el centro hacia las extremidades. También hay transversales que son similares a las carreras y diagonales que son como las calles, y tenemos los puntos cardinales incluidos para mejor orientación (sur y este). Un indicativo infalible es la referencia a los cerros orientales que están situados, como su nombre lo dice, al oriente de la ciudad. Con esta forma de concebir la ciudad es relativamente fácil moverse en ella; sin embargo, hay personas que, como yo, pasamos nuestra vida en una zona específica y no vamos a otras para nada. Esto hace que desconozcamos muchas partes de la ciudad y seamos ajenos a lo que ocurre en ellas.

De ahí que me haya llamado la atención la invitación a hacer un recorrido por algunas zonas. Así que quise participar de esta “caminata rural” en buena medida porque me interesa guardar en mi memoria la permanencia o temporalidad de esos espacios que queremos presentar a quienes tengan este documento ante sus ojos.

Como ya mencioné, esta caminata comenzó en el centro de la ciudad, el centro entendido como la zona que históricamente ha presenciado el ir y venir de funcionarios y políticos de turno. La Plaza de Bolívar, rodeada de los edificios característicos desde tiempos coloniales, con su estructura básica de una iglesia, un colegio y el espacio del gobierno. Ese centro congestionado de



gente de muchas procedencias, con negocios formales e informales que atraen a propios y extraños, es cautivador. La carrera séptima, que otrora fuera vehicular, se ha convertido en un paseo peatonal que permite ir desde la calle 26 hasta la 13. Este paseo muestra el rompimiento entre diferentes épocas de Bogotá. Las construcciones de edificios altos y el centro empresarial que queda en la 26 es lo más moderno de esa zona. Una zona de negocios en donde están ubicados hoteles de muchos años como el Tequendama o el Hilton, la Torre Colpatria, que por largo rato fue el edificio más alto, hoy desplazada por el Bacatá y un área de restaurantes de todo tipo: desde *gourmet* hasta el corrientazo típico de la ciudad. El camino al sur nos pasa por plazas de artesanos, la avenida 26 o El Dorado que quiebra la ciudad y nos adentra en otro espacio diferente, más empresarial y con algunas pocas zonas verdes. Seguimos al norte y nos encontramos con Quinta Camacho, un barrio tradicionalmente residencial, con una arquitectura típica que, quienes han recorrido Bogotá, la identifican fácilmente con su estilo inglés. Hoy en día este barrio ofrece diferentes posibilidades de disfrute, desde restaurantes y cafés de variados tipos hasta teatros y galerías; también tiene





un centro comercial bastante popular. Siguiendo la ruta, en la calle 72 nos encontramos de nuevo con otro corte de la ciudad. Otra de esas fronteras invisibles en que se rompen los espacios y cambia el ambiente.

Finalmente, llegamos a Usaquén. En otros tiempos era un pueblito fuera de Bogotá. Hoy también forma parte de la ciudad y está atrapado en la gran urbe. Usaquén también se conoce por su tradicional plazoleta o el parque de Usaquén, rodeado de edificios que antes fueron entidades típicas, como la alcaldía y el colegio, y como siempre y nunca faltante, la iglesia que conforma la rigurosa organización que nos heredaron los españoles. Usaquén hoy es un lugar bastante conocido por su rica oferta gastronómica y los pulgueros de fin de semana en los que se pueden encontrar cosas viejas, como cualquier mercado de las pulgas, pero también objetos artesanales de gustos variopintos.

Allí termina nuestro recorrido por esta ciudad de contrastes. Como dice Benjamin, “Sólo quien recorre la carretera a pie advierte el poder de ésta”, porque en el caminar es cuando realmente percibimos lo que el andar conlleva. Lo que vemos, olemos, sentimos y palpamos sólo se logra a pie. No hay otra forma de experimentar los espacios de verdad y sentir su fuerza si no es caminando. Los pasos nos llevan a vivir el contacto con el suelo, la piel nos permite el contacto con el ambiente; los ojos nos dan permiso de mirar con calma y la nariz percibe los olores de la experiencia. Así queda guardada en mi mente y en mi cámara esta aventura por los lugares mencionados de Bogotá. Con esto invito al lector a aventurarse, también a recorrerla y vivirla a su manera, a pie y con el alma abierta a recibir lo que venga.

# Adentro y afuera de Bogotá

**José Camilo Vásquez Caro**

Director del Departamento de Humanidades e Idiomas

Historiador, magíster en Estudios Culturales y magíster en Historia

Empecé a pensar y a imaginarme este texto hace dos años. Estaba sentado en mi oficina y me di cuenta de que hacía mucho tiempo no recorría Bogotá como lo solía hacer antes del 2020. En medio de esa reflexión puede ver que mis desplazamientos también se habían reducido a su mínima expresión. Salía de mi casa al trabajo y del trabajo a mi casa, siempre buscando la ruta más corta en el desplazamiento. Corría el 2022 y de forma colectiva estábamos saliendo del encierro impuesto, primero, por la pandemia; luego por las normas y los gobernantes, y por último por nosotros mismos y nuestros miedos. El tapabocas, el alcohol, el gel desinfectante y el distanciamiento social eran parte de la cotidianidad que se había apoderado de nosotros como masa. La contradicción era fascinante: salimos gradualmente de nuevo como colectivo haciendo hincapié en nuestra individualidad marcada por las distancias. El salir a la calle se experimentaba a través de capas y filtros, tanto físicos como mentales.



Viví el retorno a las calles como una especie de paradoja, era a su vez el volver a lo conocido —esas calles de siempre— y el transitar por lo desconocido —esas calles cuyos usuarios habían cambiado—. Salir y re-encontrarse con lo que fue y a su vez ya no es representó una experiencia desbordante que hasta ahora estoy empezando a procesar. Caminar por Bogotá en el 2022 era una contradicción permanente porque, entre otras, queríamos estar ahí afuera y a su vez nos invadía el miedo de no estar adentro. Pero somos, tal vez, animales de costumbre y poco a poco fuimos volviendo a una cotidianidad y una dinámica urbana que derrumbó las prácticas del distanciamiento y los filtros. Volvimos a la carencia de distanciamientos, a la falta de filas y de orden, y a ese menurje humano que es el ser bogotano, es decir, andar todos encima de todos, sea en el bus, en los andenes o en el trancón sin sentido de las “autopistas”.

Soy un caminante, me encantan las calles y navegar por la ciudad. Pasé más de un año —me considero muy afortunado— refugiado en una casa de campo en medio de las montañas. Ese año largo de encierro me abrió otros horizontes y descubrí historias y narrares que desde lo ancestral le dieron sentido a mi presente. En cierto sentido me deshice por un tiempo de mi ser urbano y puse mis pies en el campo. Pero el retorno llegó y la desorientación y la incertidumbre me acompañaron al regresar a una ciudad que era y ya no era mía.

Fue por esa razón que decidí escribir sobre Bogotá. Muchos dicen que escribir sobre algo es un proceso de catarsis. Con mis anteojos de científico social decidí que era menester salir y explorar, usando mi método de siempre: el caminar. Se sumó a esta iniciativa una profesora con una sensibilidad para captar la imagen en vivo a través de la lente de la cámara fotográfica. Al comienzo planeamos e hicimos recorridos específicos. Debo decir ahora que tanto planear fue algo pretencioso. Ingenuamente, yo estaba convencido de que en el recorrido detallado nos íbamos a encontrar con el narrar y la imagen esperados. En cierto sentido,

me doy cuenta ahora, me predispose a construir una historia sin tener idea de qué me iba a encontrar.

Esa historia imaginada y trazada hoy no está acá, no habita mis páginas, puesto que el narrar no nos llega siempre en la línea del tiempo del cronograma establecido ni necesariamente atendiendo los objetivos –ingenua o pretenciosamente– esperados. Después de varios recorridos, varios kilómetros de desgaste de las suelas de los zapatos, cientos de fotografías y muchas ideas y discusiones, mi hoja seguía en blanco. Pasó el tiempo y las palabras caprichosas y las historias potenciales se me escapaban. En ellas no encontraba el sentido que aún no había identificado pero que percibía que tenía que existir. Claro, hubiera podido escribir algo sobre el Museo Nacional y la noción de cultura y prisión; sobre la antigua cervecería de Bavaria y su reloj, que por primer vez puso a muchos bogotanos a llegar a tiempo al trabajo; sobre la Biblioteca Nacional y su aislamiento de la Independencia y su reconexión que se siente hoy tan artificial; sobre la Terraza Pasteur y su metamorfosis, la panadería El Cometa y el pan de cada día o de un cliché histórico y literario como la séptima con Jiménez, donde todo lo histórico ha ocurrido o nos imaginamos que ha ocurrido.

Pasó el tiempo y las ideas quedaron en un archivador, por ahí en mi subconsciente. Sentí que había fracasado un poco en ese intento por producir algo desde el caminar, la interpretación y la escritura. No sentía que tuviera algo que decir que valiera la pena y que ameritara el tiempo de un lector. Pero también me permití sentir ese sentimiento incómodo y formativo que es el fracaso. Y acá me desvió un poco del tema central, pero resalto que a veces es necesario fracasar para aprender algo. Los sistemas educativos orientados únicamente hacia el éxito excluyen una gran parte de la experiencia formativa que brinda el fracasar o errar.

Corría, entonces, febrero del 2023 y ya me movía más por la ciudad, ya iba más allá del circuito casa y trabajo. Una noche de ese mes sonó mi celular; al otro lado escuché la voz de mi tío.



Sonaba preocupado, aunque mantenía un tono firme al hablar. “Mijo, se metieron al edificio. Se robaron las puertas. Voy a ir con la policía esta noche. ¿Me acompaña?”. Contesté que claro, que ni más faltaba.

El tío hablaba del viejo edificio que en un momento fue la casa de mis abuelos paternos, luego un pequeño edificio con un local, un apartamento de renta; obviamente, la casa de mis abuelos paternos seguía estando ahí. El edificio fue un maravilloso engendro arquitectónico que unió tiempos y mentalidades. Había huellas de la casa de los años treinta del siglo pasado, como también vestigios de una arquitectura más moderna y práctica de los sesenta. Literalmente, lo nuevo se construía sobre lo viejo y los tiempos se sobreponían haciendo de la casa (aunque era un edificio) una especie de aleph borgiano y familiar. Lo específico y los universales de mi familia estaban ahí, plasmados en ladrillos, granito, rincones, esquinas, huellas de tiempos pasados y presentes. La casa era el lugar del habitar de nuestras historias. Le comenté a mi esposa Cris que iba a salir esa noche a la vieja casa, en ese barrio que ya no era de nadie y que estaba abandonado a su suerte, ocupado por seres transitorios que no eran de allá. A pesar de que mi decisión de ir allá le generó mucho miedo, me dijo: “Claro, entiendo, ve; cuídate, por favor.” Al poco rato me llamó de nuevo el tío y dijo “Mejor dejemos así. No vayamos. No hay nada que hacer.” Y así fue, no fuimos, y yo no volví a ir por allá.

Empezaron entonces unos sueños raros sobre la casa. Sueños que bordeaban con pesadillas dignas de una lectura e interpretación psicoanalítica. Sueños que aún hoy, un año después, recuerdo de forma nítida. Soñé varias veces con invasiones de la casa mientras yo la habitaba o, mejor, la custodiaba, porque en cierto sentido soy de los últimos que quedan de esta historia. En los que era claro, se me hacía evidente que yo era el último de la estirpe y en mi vigilia seres desconocidos, habitantes de calle agresivos y a su vez conocidos escalaban los muros y entraban por la ventana de la sala. Y mi voz —por lo general fuerte— in-





capaz de salir ni dar un grito mientras se tomaban la casa y yo salía desplazado a la calle, robado de mi espacio, de mi historia, y también liberado de ellos. Como podrá percibir el lector, este es un texto habitado por contradicciones permanentes.

Durante varias semanas mi tío y yo hablamos de la casa. Los dos éramos conscientes de que estábamos en un punto de quiebre. Él ponía barreras en el día para disuadir a los invasores y como en un juego ellos las derribaban en la noche y seguían saqueando el inmueble. Poco a poco lo fueron desvalijando. No sé si los acontecimientos inspiraron mis sueños o si estos inspiraron los acontecimientos. La novedad del saqueo gradual pasó, pero la presencia de la casa en mis sueños me daba la sensación de despedida. De nuevo me encontraba en la paradoja. La distancia física era real, hacía años que no estaba en la casa ni la habitaba, y a su vez la casa era mi lugar de habitar y sentía el miedo en lo más profundo de mis sueños. Y en este sentido pude experimentar la cercanía y la lejanía al tiempo. No es necesario estar en un sitio para generar o descubrir algún tipo de conexión.

Salí una tarde de marzo de la universidad hacia la avenida Chile. Iba en Transmilenio de norte a sur —portal Norte, Toberín, calle 85, Héroes, calle 76— cuando de repente llegué a la 72 y vi que la manzana de la casa ya no existía. En un instante mi horizonte urbano cambió de forma abrupta y cruda. Lo que estaba y estuvo toda mi vida de un modo repentino ya no era. La narrativa surge y no creo que haya sido por azares que llegué justo en el momento en que estaban derrumbando edificaciones y en el instante preciso en que la gran esfera demoledora golpeaba lo que había sido mi cuarto en casa de mis abuelos y luego mi oficina en tiempos de mi padre. Fue como si mis sueños resultaran nada comparados con la realidad material. La casa no fue invadida, fue borrada y de su existencia pocos sabrán y muy pocos tendrán memoria.

Y entonces supe que quería escribir sobre la ciudad desde la experiencia de ver el horizonte que cambia. La ciudad crece, se

derrumba, se construye, sube y baja en su horizonte y lo que fue ya no es de forma repentina. Dice un gran amigo mío que poco recorre la ciudad que cada vez que sale al dentista o al médico se encuentra con una nueva Bogotá, ajena a él, a su memoria, a su imaginario urbano y a los sentidos de sus historias. Sin embargo, no me sentí capaz de escribir en ese entonces porque la herida estaba ahí latente y tenía que darle tiempo para sanar y así poder acercarme a mi propia historia.

Hace casi un año que esto ocurrió. He soltado la casa y la herida ya no duele tanto. Pasar por el vacío de mi manzana —de un futuro deprimido o elevado, de una estación de un metro trazado, de ese fantasma del futuro que ha amenazado a Bogotá desde mediados del siglo pasado— aún me impacta profundamente. Es reconocer el cambio y que nada de mi historia se repetirá: esa vieja casa, ese bello engendro arquitectónico y familiar ya no está. Y al mismo tiempo es saber que no se ha ido del todo porque existe en mi memoria y mi interpretación y que algún pequeño destello de lo que fue puedo plasmar con la palabra escrita.

Se preguntará el lector qué tiene que ver lo relatado con el ejercicio de reencontrarme con la ciudad, con el caminar y el recorrer para interpretar y narrar una experiencia. ¿Por qué tanto énfasis en el antes y después de la pandemia? ¿Cómo conectan el estar afuera con el estar adentro? Y estas son inquietudes válidas que intentaré contestar e hilar.



El primer punto que me gustaría abordar es la relación entre el sujeto y su objeto de estudio. Partí queriendo –como sujeto–, a través del caminar, encontrar una experiencia con mi objeto de estudio –la ciudad– asumiendo que algo iba a surgir. Hago énfasis de nuevo en el tiempo que llevo pensando este texto. Tuvieron que pasar dos años para que sintiera que tenía algo significativo que decir y compartir con el lector. En este sentido mi objeto y mi propósito se me escaparon, eludieron mis cronogramas y las palabras sólo surgieron cuando tenían que surgir. Y esto me hace pensar si el objeto en realidad soy yo y a la vez soy el sujeto que se analiza. Es claro que mi lectura de la manzana y la casa de mis abuelos no cambia nada del entorno físico de la ciudad. Pero tal vez siembra duda en otros que han vivido la metamorfosis inconsciente de los espacios cotidianos e íntimos del viejo barrio.

El segundo punto que me gustaría abordar es el antes y el después. Si bien la pandemia fue un acontecimiento estructural que quebró de forma colectiva nuestras vidas, creencias, imaginarios y prácticas, entre otras, algo tan sencillo como el derrumbe de una edificación nos puede atravesar de forma profunda. En torno al narrar está la organización y la interpretación de datos, información, lecturas y percepciones. Gran parte del narrar y sus posibles sentidos están en cómo ordenar y establecer la secuencialidad.

Tanto en la pandemia como en el caminar y encontrarme con el cierre de una etapa de mi vida pude ver que el estar adentro y el estar afuera son relativos y pueden ser ficciones. Estuvimos encerrados y anhelamos salir. Salimos y anhelamos la seguridad del encierro. La casa fue en algún momento sinónimo de un lugar seguro y al final el afuera se tomó el adentro. Queda entonces el adentro de la casa por fuera de la misma, en la memoria del sujeto y el caminante que recorre las calles como quien recorre la existencia.



## Relatos visuales

En este número dejamos que la lente de la cámara fotográfica explorara la ciudad y sus rincones. El lenguaje visual captura el instante, congelando un momento específico en un lugar específico. La magia está en que el espectador puede volver a la escena precisa y verla de nuevo las veces que quiera y poder así dialogar con ella y construir su propia historia.

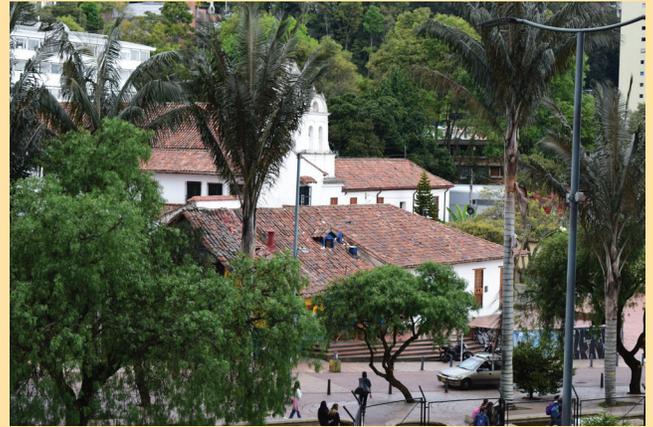
Dos profesoras construyeron relatos visuales de sus recorridos y de sus experiencias del caminar por la ciudad. María Angélica Soler Henao recorre las distintas horas del día y sus diferentes tonos de luz. La lluvia, el sol, la noche y los cerros habitan su narrar. Milena Mosquera Mejía captura capas del tiempo que coexisten en la urbe y su historia. Los caminantes del centro reconocerán lugares icónicos, pero desde otras perspectivas.

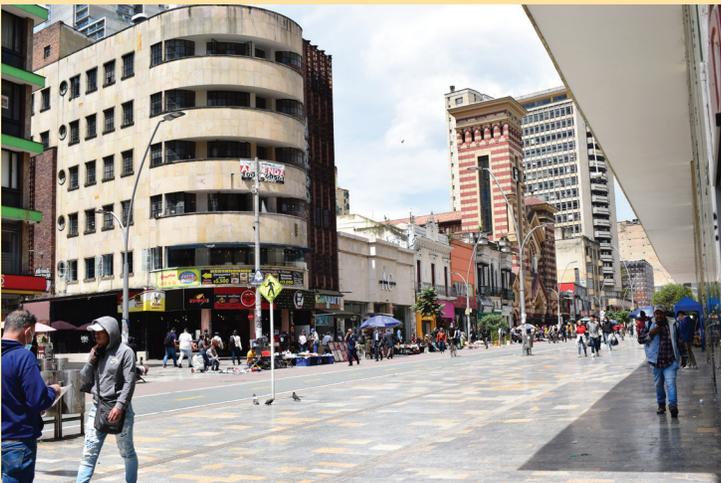


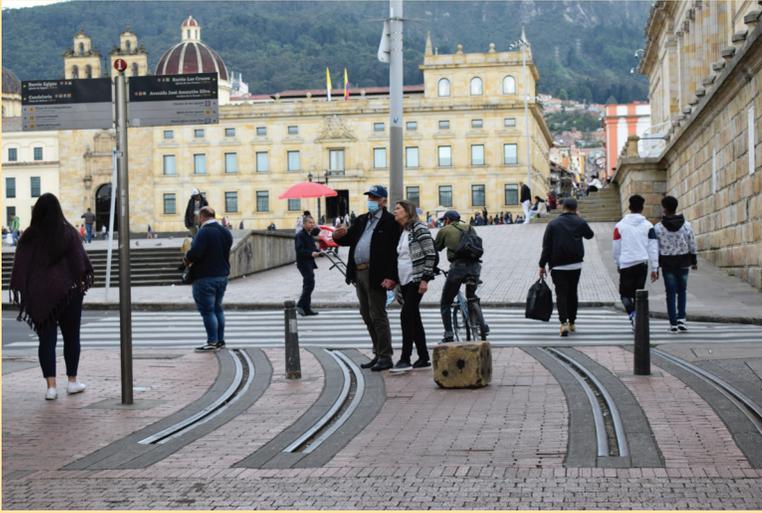
# Caminando por el centro histórico

**Milena Mosquera Mejía**

Profesora del Departamento de Humanidades e Idiomas  
Comunicadora social y magíster en Didáctica de la Enseñanza del Inglés









# Una Bogotá, múltiples caras

**María Angélica Soler Henao**

Profesora del Departamento de Humanidades e Idiomas  
Diseñadora gráfica

